Universidad Internacional de Andalucía

DRO BAHAMONDE
E HIJOS
ENCUADERNADORES.
anés 25 Matanzas

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

María [illegible]ndré

La verídica aventura de Cristóbal Colón

Editorial González Rojas
Madrid

Universidad Internacional de Andalucía

Hado

CASAS Y MERCADO
IMPRENTA Y LIBRERIA
TELEFONO 1890
INDEPENDENCIA 60. MATANZAS

Universidad Internacional de Andalucía

COLON
AND
ver

LA VERÍDICA AVENTURA
DE
CRISTÓBAL COLÓN

Universidad Internacional de Andalucía

Imprenta Martosa. Fernando el Católico (particular), 14. MADRID

Universidad Internacional de Andalucía

Registro Nº 28840
BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA

MARIUS ANDRÉ

LA VERÍDICA AVENTURA DE CRISTÓBAL COLÓN

116

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA-LA RÁBIDA

EDITORIAL GONZÁLEZ ROJAS
ALTAMIRANO, 18
MADRID
1927

Universidad Internacional de Andalucía

Es propiedad de la Editorial González Rojas para todos los países de habla española.

Universidad Internacional de Andalucía

A

DON CARLOS PEREYRA

reconstructor

de la Historia de América

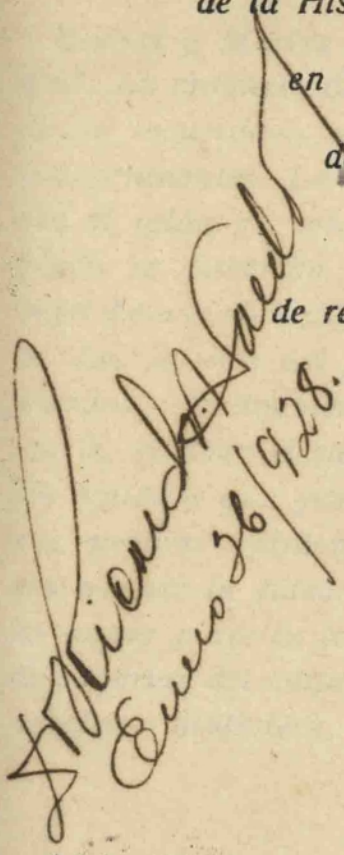
en testimonio

de amistad

y

de reconocimiento

MARIUS ANDRE



Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

LA SINGULAR AVENTURA DE MARIUS ANDRÉ EN LA BRUMOSA BIOGRAFIA DE CRISTÓBAL COLÓN

Conocí a Marius André en el Ateneo de Madrid. La entonces docta casa—*hoy todo es polvo de un recuerdo—, se componía de tres secciones independientes. La primera, abierta al público, era el salón de conferencias, teatro en cuyo tablado se disertaba sobre todas las cosas, y en cuyo hemiciclo había una parodia de parlamento. Los salones del fondo de la planta baja, conocidos colectivamente con el nombre de* cacharrería, *estaban destinados a* mentidero *de todos los agitados que gustaban de exponer en familia sus propias opiniones y de dicutir las ajenas, sin ocupar la cátedra del salón de conferencias ni tomar parte en los debates públicos. La planta superior del edificio contenía, y contiene, una excelente biblioteca, servida con asombrosa pun-*

Universidad Internacional de Andalucía

tualidad. Allí trabajamos Marius André y yo durante un lustro por lo menos. Acabó la guerra, y la paz nos encontró ocupando los mismos sitios que tomamos desde nuestra admisión como socios del Ateneo. Pocas veces bajábamos al salón de conferencias, y nunca entramos en la cacharrería. *Interrumpiendo nuestras labores, comentábamos la fiebre wilsoniana, que se había propagado por el mundo entero, y frecuentemente hablábamos de la historia de América.*

André preparaba entonces su Guide psychologique du Français à l'ètranger, *cuyo manuscrito leí detenidamente. También anduve mezclado en* La fin de l'Empire espagnol d'Amerique. *El libro que más preocupaba a André era el que ya tenía proyectado y aun en parte escrito cuando le conocí, pero que apareció mucho más tarde. Debía llamarse:* Bolivar et la chimère démocratique. *No podía darse portada más llamativa ni más imprudente. Un cónsul francés debía abstenerse de firmar una obra que llevase ese título, y fué preciso inmolarlo a los dioses tutelares y a los susceptibles semidioses de la Tercera República. Aun después de haber cortado las amarras que lo sujetaban a la vida oficial, Marius André tuvo que llamar cautamente su*

Universidad Internacional de Andalucía

libro: Bolivar et la démocratie. *Lamentemos la poderosa catalisis de la Santa Inquisición Laica.*

Antes de escribir los estudios que he mencionado, Marius André había seguido un curso de americanismo muy completo. Sus viajes por el Nuevo Mundo lo capacitaban para hablar de la historia de aquellos países, tratando de ella como de cosa viva. Además, cuando André pasó el Océano Atlántico lo hizo en barco que no iba destinado al popular puerto del Prejuicio. Como gran poeta provenzal, había podido conocer íntimamente el glorioso pasado medioeval de Cataluña, y con esta iniciación pudo penetrar en las reconditeces del alma castellana. Era, pues, hispanizante de antecedentes conocidos, e hispanófilo de convición y sentimiento cuando emprendió simultáneamente sus instructivos viajes y sus sólidos estudios americanos. Traductor de Raimundo Lulio, de Santa Teresa, de Góngora y de Rusiñol, llegó a identificarse de tal modo con el alma, con la cultura y con las lenguas de los pueblos de la península, que escribió Cantares andaluces *durante una estancia en Sevilla, si no me engaño.*

He aquí cómo, después de empaparse en los surtidores de la tradición hispánica, Marius An-

Universidad Internacional de Andalucía

dré pudo comprender la historia de América. Estudió la obra de la expansión realizada en el siglo XVI, *las fundaciones de la época colonial y la independencia de las repúblicas. Después de esto, le tentaba un tema: el descubrimiento, que acaba de tratar con pluma fácil de conversador y novelista, dándole amenidad poco acostumbrada en estas áridas materias. La casa Plon pedía un descubridor de América para el exigente público que había devorado* La prodigieuse vie d' Honoré de Balzac. *El autor tenía el título que convenía a la serie de las grandes existencias. Al hablar de la verídica aventura de Cristóbal Colón, el programa de Marius André incluía lo qua hay de extraordinario en los hechos mismos y lo que se les ha adulterado. Tenía, por lo tanto, que contar una epopeya y que deshacer una fábula. A las dos cosas se aplicó André, componiendo uno de los libros más llenos de sugestión y de encanto que es posible leer sobre asuntos históricos.*

Este acontecimiento literario tiene un aspecto de paradoja, que no es de lo menos curioso en la serie desconcertante de los relatos colombinos. Marius André, hispanófilo de probados servicios, hispanófilo combatido muchas veces

Universidad Internacional de Andalucía

por los españoles hispanófobos, se encuentra de momento enemistado también con los españoles de fervoroso españolismo que cultivan el mito de Colón. La extraña situación merece dos palabras que la expliquen. Sabido es que el descubridor de América ha sido un personaje divinizado, y que al exaltar su figura se deprimió la de España. Varios españoles eminentes, buenos patriotas, pero ante todo cultivadores beneméritos de la historia, destruyeron la creencia en un Colón mal comprendido y hostilizado. Cayó por tierra la leyenda de las joyas de doña Isabel, empeñadas para los gastos de la primera expedición, y fué destruída asimismo la conseja del terror de los teólogos escandalizados al oír de un extranjero la afirmación de la redondez de nuestro planeta. Pero mientras la investigación proseguía sus trabajos, dejando en excelente predicamento la náutica de los dos pueblos descubridores y el espíritu de empresa con que españoles y portugueses se preparaban a continuar el ciclo de los históricos viajes, un grupo de ignorantes, cultivando anacrónicamente el tema del Colón sublime, desdeñado y perseguido a causa de sus audacias, creyó que el medio de obtener la vindicación de España—ya vindicada sin que

Universidad Internacional de Andalucía

ellos se enteraran—era hacer de Colón un hijo misterioso de Pontevedra.

La historia de esta aberración pertenece a la literatura humorística. Yo espero publicar algunos capítulos que tengo inéditos sobre Las cunas de Colón. *Pero entre tanto me felicito de que Marius André haya puesto en conflicto a los pontevedristas, quienes no previeron que les viniera de Francia una afirmación tan explícita del valer de España comparada con el héroe, y que se tributase tan elocuente homenaje a los supuestos calumniadores y perseguidores de Colón.*

¿Cuál va a ser el papel de los pontevedristas cuando lean el libro de André? ¿Seguirán delirando? ¿Tomarán el partido de callar?

No menos interesante es la probable resonancia de La veridique aventure de Christophe Colomb *en otros países. La narración de André, grata y tónica para nosotros, puede producir otro efecto para el extranjero. Pero supongo que narrando como narra, con tanta soltura, dando tanto movimiento a la acción y tanta vida interior a los personajes, haciendo, en suma, tal novela de la historia, el autor se adueñará de sus lectores, aun cuando éstos no hayan abandonado el común prejuicio antiespañol. Verán cosas*

Universidad Internacional de Andalucía

inesperadas, supremo atractivo para la inteligencia y para la imaginación. Si hay quienes opongan reparos, esperemos una polémica cortés, amena e instructiva. Pero esperemos, principalmente, Le sauvage américain et le paysan du Danube, *obra en preparación de André, quien de seguro sabrá añadir con brillantez y erudición otro capítulo a «la novela de las grandes existencias».*

Un aplauso anticipado.

CARLOS PEREYRA.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

LA VERIDICA AVENTURA DE CRISTÓBAL COLÓN, POR MARIUS ANDRÉ

Por vía de prospecto para anunciar este libro, que apareció en la célebre colección llamada *Novela de las grandes existencias*, la casa Plon, de París, reproduce un notable artículo publicado en la *Revue de l'Amerique Latine*.

Ese artículo, que se titula *Cristóbal Colón, Italia y España*, define el punto de vista, históricamente irreprochable, de Marius André, gran amigo de España y de la América española.

El artículo de la prestigiada publicación parisiense dice:

«En junio de 1926, apareció el primer número de *Colombo, revista bimestrale dell' Istituto Cristoforo Colombo*, fundada en Roma, y que se abre con un *Messagio* de Benito Mussolini. Redactada en italiano, da de vez en cuando un artículo en lengua castellana. Es, por decirlo así, el

Universidad Internacional de Andalucía

órgano oficial de la propaganda italiana en los países americanos fundados por España y Portugal. Bajo la égida del Gran Genovés, trabaja para que los italianos amen a América y, sobre todo, para que los americanos amen a Italia. Nunca faltan artículos y notas que hablan de Colón. He aquí, pues, un brote nuevo del enorme engaño que contiene la leyenda del Descubridor, leyenda aceptada universalmente como verdadera historia hasta que empezó la obra de rectificación...»

La *Revue de l'Amerique Latine* trata después de la tentativa para canonizar a Colón, fundada en la novela de Roselly de Lorgues, que hubiera sido causa de un extravío irreparable sin la severidad con que la Congregación de Ritos desechó cuanto pudiera llevar una sombra de engaño a sus investigaciones.

La perturbación sigue, a pesar de haberse frustrado la canonización, que tanto apoyo encontró en el mundo entero. Mientras Italia se entrega a la propaganda colombina, como acaba de verse, en España hay quienes creen que a la historia nacional le hace falta esta figura. Olvidando los trabajos fundamentales de Fernández Duro, Serrano y Sanz, Altolaguirre y otros investigadores concienzudos, se pierde el tiempo, y con el tiempo la seriedad, haciendo a Co-

Universidad Internacional de Andalucía

lón gallego, extremeño, castellano, catalán, aragonés o andaluz. Para protestar contra una decisión sensata de los académicos de la Historia, un diario de Madrid ofreció 50.000 pesetas a quien probara determinada tesis sobre el nacimiento de Colón.

La *Revue de l'Amerique Latine* prosigue: «En nuestra opinión las 50.000 pesetas hubieran tenido un empleo más útil ofreciéndolas al autor de la obra que refutara—no con frases de retórica, sino con una exposición de historia irrebatible—la leyenda colombina forjada por el mismo Colón, por su hijo y por Las Casas, primeramente, y después por los enemigos de España, leyenda que es un insulto a toda la nación española de fines del siglo xv. Pero sería inútil el concurso. El premio estaba ganado de antemano por Carlos pereyra, autor del *Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo*, *La obra de España en América* y *La conquista de las rutas oceánicas*.

Nadie ha prestado servicios más importantes al honor de España y a la causa de la verdad que este grande y probo reconstructor de la historia de América.

»Y puesto que tantos españoles y americanos se empeñan hoy en que Colón sea de origen español, nos parece oportuno reproducir la opi-

Universidad Internacional de Andalucía

nión de Pereyra sobre este sentimiento patriótico que se extravía:

«Suponiendo demostrada la tesis del galleguismo de Colón, ¿qué más dá el que hubiera nacido en España? Por extranjero se le tuvo en su tiempo. El se reputó extranjero. Se enorgullecía de un noble origen extranjero y de una educación universitaria propia de quien ha tenido alta cuna. Se españolizó: pero su españolismo subrayaba más aún su extranjerismo. Todo en Colón, lo real y lo fantástico, las partes elevadas de su naturaleza, las vilezas de su alma, su megalomanía y sus imposturas, hacen de él un aventurero, un hombre sin otra patria que la de sus conveniencias. Los patriotas españoles que por admiración al genio pretenden que España sea su cuna, se consagran a una obra ridícula, pues no logran sino dar ciudadanía a un renegado. Lo que en Colón valía no pertenece a ninguna patria, pues no la tiene el genio. Y el mérito de sus acciones no existe sino incorporado a la historia del pueblo español, que la encauzó con su comprensión y su denuedo. Es el caso de Magallanes ¿A qué demostrar, por tendencia patriótica, que Magallanes nació en Cercedilla?... Las piruetas biográficas colombinas son tanto menos explicables cuanto que se trata de uno de los caracteres me-

Universidad Internacional de Andalucía

nos puros de la humanidad, y de un hombre para quien la mentira era el estado natural; en una palabra, de un impostor nato e incorregible.

»...Aun siendo falsas las noticias de sus negociaciones, él estuvo dispuesto a trabajar por cuenta de Portugal, de Francia, de Inglaterra o del infierno. Se quedó en España por su conveniencia, no por amor al país... ¿A qué fin viene, pues, violentar conjeturas para hacerle español? Si esto resultara comprobado, no habría razón para recusar el dato; pero fabricarle a Colón una leyenda de españolismo cuando toda la leyenda formada espontáneamente en torno suyo y por obra suya fué leyenda antiespañola, indica poco juicio y poca percepción de las delicadezas morales.»

A esta cita, hecha por la *Revue de l'Amerique latine*, pertinente por cuanto da el punto de partida de Marius André, que es precisamente el antiespañolismo de la leyenda colombina, añadiremos otra cita, inatacable, por ser del egregio Menéndez Pelayo. Estas palabras suyas pudieron haber servido de epígrafe a la obra de Marius André:

«Lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana o de toda la humanidad, excepto de los es-

Universidad Internacional de Andalucía

pañoles, que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndole en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y ésta es la que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad.»

No podíamos ser indiferentes a estas palabras del príncipe de los críticos españoles, y puesto que la obra de Marius André, desde el otro lado de los Pirineos cumple un mandato de Menéndez Pelayo, consideramos de nuestro deber dar a conocer esa obra en lengua castellana. Ya ha sido traducida del francés al alemán, y, según sabemos, también lo será al inglés. Con esto se demuestra el interés que ha despertado. La crítica de Francia se ha manifestado favorable, y en España no han faltado artículos llenos de justos encomios, aunque tampoco escasean los de ataque, pues era imposible que la arraigada leyenda antiespañola, por explicable aberración, dejara de expresarse en la forma paradójica que ha tomado la superstición colombina, dando carta de naturaleza al que fué causa y origen de ella.

Es de esperar que el público de España y de América premiará nuestro esfuerzo, aceptando

Universidad Internacional de Andalucía

LA VERIDICA HISTORIA DE COLON como la ha recibido el público francés, con simpatía y aplausos de que es testimonio la difusión extraordinaria de este libro, novelesco en su forma atractiva y escrupulosamente histórico en su contenido.

EDITORIAL GONZALEZ ROJAS

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

PROLOGO DEL AUTOR A LA TRADUCCION ESPAÑOLA

La VIDA de Cristóbal Colón, tal y como se enseña todavía a los niños y a los adolescentes en las escuelas primarias, en los colegios y hasta en los establecimientos de enseñanza superior, y tal y como la conoce el público por las obras de vulgarización, en realidad no contiene sino una leyenda falaz, que forjó el mismo Colón, y en la que aparece la complicidad de sus dos primeros biógrafos, que fueron su hijo Fernando y su amigo Fray Bartolomé de Las Casas. Esta leyenda, en el transcurso de los siglos siguientes, fué enriquecida con nuevos episodios, sin que en su elaboración interviniera el necesario espíritu razonado de crítica, por lo menos para suscitar un movimiento de duda, y llegó a mediados del siglo XIX a ser la más enorme y la más incontrastable de las falsificaciones de la Historia universal.

Universidad Internacional de Andalucía

Cristóbal Colón era tenido, en aquel entonces, no solamente como uno de los más grandes genios de la humanidad, un genio que dominaba su época por la posesión de una ciencia enciclopédica, y que había sufrido la persecución de los perversos y envidiosos, sino también como el más grande de los santos del cristianismo. Impulsada por Roselly de Lorgues, autor de un *Cristóbal Colón*, que no es sino una especie de novela en la que hasta los textos del Descubridor están falseados, se inició una formidable campaña, sin ejemplo en la historia de la Iglesia, para lograr la canonización del héroe. Iniciada esta campaña en 1856, terminó en 1892, y todavía después se ha intentado repetirla varias veces. Roma fué literalmente inundada de súplicas y memoriales firmados por millones de católicos de Europa y América, entre las cuales figuraban cerca de mil cardenales, arzobispos y obispos y millones de sacerdotes. Dos Papas, Pío IX y León XIII, inducidos en error por la leyenda, fomentaron el movimiento. Pero la Congregación de Ritos, ante la que había sido llevada la causa, se mostró inconmovible. Colón no

Universidad Internacional de Andalucía

fué canonizado. No lo será jamás; no puede serlo.

Los teólogos que se habían resistido tenazmente a este acosamiento y al contagio del entusiasmo, estudiaron los escritos de Colón, y otros documentos de la época que destruyen la leyenda.

Siempre será uno de los hechos más sorprendentes de la Historia que esta leyenda haya adquirido tan extraordinario incremento, llegando, puede decirse, hasta el cielo sus clamores, precisamente cuando los textos, que en su mayoría habían permanecido inéditos, fueron dados a la imprenta. Bastaba, en efecto, leer atentamente los escritos de Colón y los de sus contemporáneos, aun los de sus mismos apologistas, y los documentos oficiales, y confrontar los unos con lo otros, para tener la prueba de que el Descubridor era lo contrario de lo que se creía, que alimentaba todos los vicios y defectos opuestos a las virtudes que se le atribuían, que era un mal navegante, un ignorante ebrio de lecturas mal digeridas y que su genio se cifraba en la mentira y la disimulación. Fué necesario, sin embargo, esperar hasta la terminación del siglo

Universidad Internacional de Andalucía

para que la verdad se restableciera en toda su pureza.

Un gran sabio alemán, Alejandro de Humboltd, había entrevisto parte de esta verdad cuando se publicaron los primeros volúmenes de la Colección de Navarrete, y la señaló en una de sus obras, escrita en francés. El es precisamente quien ha probado de una manera irrefutable que Colón fué el iniciador de la trata de esclavos, que quiso ser el primero en practicarla mediante el cautiverio de mujeres y niños en provecho del Estado y de sí mismo, y que se entregó a su comercio con cinismo, crueldad y villanía, a pesar de las órdenes en contrario de la reina Isabel y de la manifiesta repugnancia de la soberana. Esto es suficiente para que no consideremos a Colón, no ya como un santo, sino aun siquiera como a un simple hombre honrado.

La tarea iniciada por Humboldt, y que él dejó incompleta—pues toda una vida humana no es suficiente para recontruir este período de la historia, hundida bajo el peso aplastante de leyendas, mentiras, errores y falsedades de más de

Universidad Internacional de Andalucía

cuatrocientos años—ha sido terminada por eruditos e historiadores del último cuarto del siglo XIX y de la época presente. Muy especialmente me siento deudor de dos americanistas ilustres por haber sido mis maestros y guías; uno es norteamericano, Henry Vignaud, y el otro mejicano, Carlos Pereyra. Cumplo el más agradable de mis deberes dedicando a este último mi libro, que no habría podido siquiera soñar en escribir si no hubiera sido instruído y documentado por él.

Los trabajos de pura y perfecta erudición de Vignaud, conocidos por muy escaso número de personas, sólo se refieren a la primera parte de la vida de Colón. Los libros de Carlos Pereyra, más sintéticos, obra de un verdadero reconstructor de la historia y de un profundo psicólogo, no abarcan tampoco la vida completa del Descubridor. Después de estudiar en la escuela de estos dos americanistas, intenté referir *La verídica aventura de Cristóbal Colón*, que todavía no ha sido escrita ni dada a conocer en su totalidad al gran público. Como me opongo a los prejuicios de la leyenda, que tan arraigada

Universidad Internacional de Andalucía

aparece en la sociedad, mi libro sorprenderá e inquietará a numerosos lectores, y no pocos de ellos sorpecharán que he sido sorprendido en mi buena fe, admitiendo ciertas hipótesis como verdades históricas. Pero si se me lee con atención, me atrevo a esperar que podrá verse cómo no afirmo nada sin referirme inmediatamente a documentos auténticos de la época, y principalmente al *Diario de Colón* y a los relatos de sus viajes hechos por él mismo. Hay en mi libro algunas páginas noveladas, es decir, dialogadas, y precisamente entre ellas se encuentran las que más he documentado. Un ejemplo de este aserto lo constituye el diálogo entre la Reina y el Descubridor, en el que las palabras que atribuyo a Colón están traducidas literalmente de muchas páginas de su *Diario*, lo que puede advertirse fácilmente por el estilo. Y todo lo que dice la Reina Isabel, se deduce de lo que ha hecho, escrito y ordenado esta soberana.

En fin, a las almas sensibles que experimenten un sentimiento de tristeza o de melancolía por mi participación modesta en la destrucción de «una de las más bellas leyendas de la huma-

Universidad Internacional de Andalucía

nidad», les diré que las leyendas dignas de respeto son obras de las colectividades, que emanan del pueblo y que representan un ideal nacional, religioso o poético. La leyenda de Colón fué creada por él mismo y en su personal provecho y no por el pueblo, y para crearla, fortalecerla y respetarla ha sido necesario calumniar a los dos pueblos de navegantes y descubridores de los siglos xv y xvi: los españoles y los portugueses. La historia de los descubrimientos, despojada de las falsedades de la leyenda colombiana, surje en toda su verdad como la más bella narración histórica.

MARIUS ANDRE

BIBLIOGRAFIA COLOMBINA

Colección de viajes y descubrimientos... coordinada e ilustrada, por D. MARTÍN FERNÁNDEZ NAVARRETE. Madrid, 1825-1837. Cinco volúmenes en 8.º.

Secretti di Cristophoro Colombo, publicati ed illustrati de CESARE LOLLIS. Roma, 1892. Dos volúmenes en folio.

ALEXANDRE DE HUMBOLDT: *Examen critique de l'historie*

Universidad Internacional de Andalucía

de la géographie de Nouveau Continent et des progrés de l'astronomie nautique aux XV^e et XVI^e siécles. París, 1836-1839. Cinco volúmenes en 8.°.

Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb. París, 1911. Dos volúmenes en 8.°.

Le lettre et le carte de Toscanelli... sur la route des Indes par l'ouest. París, 1901. Gr. en 8.°.

CARLOS PEREYRA: *Historia de la América Española.* Tomo I. *Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo.* Madrid, 1920. En 8.°.

CARLOS PEREYRA: *La conquista de las rutas oceánicas.* Madrid, 1923. Barcelona, 1925. *Le conquiste des routes oceaniques D'Henri le Navigateur á Magellan.* Paris, 1925.

CARLOS PEREYRA: *La obra de España en América.* Madrid, 1920. *L'oeuvre de l'Espagne a Amerique,* Paris, 1925.

ANGEL DE ALTOLAGUIRRE Y DURALE: *Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscamelli. Estudió critico del proyecto formulado por Toscamelli y seguido por Colón, para arribar al extremo oriente de Asia, navegando la via de Oeste.* Madrid, 1903.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO: *Juicio critico acerca de la participación que tuvieron en el descubrimiento del Nuevo continente los hermanos Pinzón.* Sociedad Colombiana Onubense, 1891.

MANUEL SERRANO SANZ: *Los orígenes de la dominación española en América.* Nueva colección de autores españoles.

Raccolta di documenti e studi publicati dalla R. Comissione Colombiana... Roma, 1892. Cinco partes.

Historia da Colonizaçao Portuguesa do Brasil. Porto, 3 volúmenes. En vía de publicación.

Monografías fundamentales de LUCIANO PEREIRA DE SILVA, CARLOS MALHEIRO DÍAZ, etc.

Universidad Internacional de Andalucía

LA VERIDICA AVENTURA DE CRISTOBAL COLON

CAPITULO PRIMERO

El descendiente del vencedor de Mitrídates en el convento de los franciscanos cosmógrafos de la Rábida

A la entrada de una taberna del puerto de Palos, seis hombres, en derredor de una mesa hecha con una tabla puesta sobre dos toneles, festejaban el regreso de un camarada que había navegado durante dos años de Lisboa a Madera y a las Azores, y a lo largo de la costa de Guinea a bordo de un navío del serenísimo rey de Portugal.

—¿Qué te parece este vino, Francisco?—preguntó uno de ellos.

—¡Puf!—contestó el otro, después de vaciar su cubilete—; cuando se ha pasado mucho tiempo en Madera, todos los vinos de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

dan pena. ¡Qué isla! ¡Y qué suerte han tenido los portugueses apoderándose de ella! Los más pobres viven allí mejor que por aquí los más ricos. Vosotros no sabéis lo que es una confitura; yo lo ignoraba hace dos años; pues en Madera las come todo el mundo y se comienza a comerlas en todo Portugal, porque los navegantes del rey han descubierto esta isla y otras que producen un azúcar tan dulce, y en tal cantidad, que es una bendición de Dios.

—¿Y oro? ¿Hay mucho oro?

—El oro abunda en el continente, en Guinea, pero pertenece al rey. No muy lejos del castillo de la Mina hay un país de salvajes, negros como el alma de un condenado, que no tienen sino que agacharse para recoger el oro. En cambio, carecen completamente de sal. ¿Para qué sirve el oro a quien está privado de la sal, sin la que es imposible vivir? Pues sirve, sí señor; sirve el oro para el tráfico. Hay lugar reservado en donde el rey hace depositar barras de sal. Cuando un salvaje la necesita lleva una cesta de polvo de oro y toma una barra de sal. El tráfico se hace siempre honradamente, aun cuando no esté vigilado. De vez en cuando, los oficiales del rey van a llevar nuevas provisiones de sal y a recoger los cestos de oro.

2

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Y qué hace el rey con tanto oro?

—Es para la guerra con los infieles, a los que quiere expulsar de Marrueos y de las tierras vecinas. Desde que el infante D. Enrique, príncipe cosmógrafo y navegante—que en paz descanse—fundó una Academia náutica en el promontorio de Sagres y lanzó a los portugueses al camino de los descubrimientos, los bajeles del rey no dejan de avanzar, y los soldados y los mercaderes de fundar sólidos establecimientos y factorías cada vez más al Sur de Africa; acabarán por encontrar el camino, el camino oceánico que les conducirá lejos, allá, por la parte de las Indias, al reino cristiano que gobierna el Preste Juan. Harán alianza con él y, entonces, no solamente exterminarán a los moros de Marruecos, sino que también se conquistará el reino de Jerusalén a los moros de Oriente.

—¡Y decir—exclamó el más joven de los marinos—que nosotros les dejamos a los portugueses el honor y el provecho de estos descubrimientos! Nosotros no valemos menos en el arte de la mar; las grandes aventuras en el mar Océano no nos arredran, y capitanes como nuestro Martín Alonso Pinzón no son inferiores a los más hábiles de Lusitania. La reina...

—Cállate, Juan José—dijo el más viejo, inte-

Universidad Internacional de Andalucía

rrumpiéndole vivamente—. Vas a censurar a nuestra serenísima y gloriosa reina... ¡Un chiquillo como tú! ¿No tenemos a las Canarias que valen tanto o más que Madera y las Azores? Ya llegará para nosotros el tiempo de otros descubrimientos magníficos y más lejanos, o la conquista de esos países de las Indias de Catay en que los tejados de las casas están hechos de oro. Por algo acaba de salir para Roma Martín Alonso, a donde va—yo lo sé por él—a estudiar unas cartas marinas que guardan los cosmógrafos del Padre Santo. Todas las tierras que han sido descubiertas desde hace cincuenta años estaban ya señaladas por adelantado con sus nombres. Hay otras que aun están por descubrir, como San Brandán y Antilia. El papa lo sabe, Estas son islas, las islas del oro, de las especias, de las piedras preciosas y de los pájaros de mil colores; islas más ricas que la Guinea, Francisco. Pero antes de poner la proa a sus riberas, antes de hacer la guerra a los moros de Africa y a los infieles que se han apoderado del Santo Sepulcro, es necesario expulsar a los que aun poseen reinos en nuestro propio país. Esto es lo que dicen Martín Alonso y los religiosos de San Francisco. La reina Isabel y su ilustre consorte, el rey aragonés, trabajan, y Dios bendice nuestras armas. La Virgen de la Rábida les protege

Universidad Internacional de Andalucía

desde que fué sacada del agua hace doce años. Ya sabéis que me cupo en suerte, la honra —de la que no me hacía digno mi pobre ánima pecadora—de ser uno de los que la encontraron por una gracia divina.

El viejo marino hizo la señal de la cruz y se calló un instante emocionado por el recuerdo; los otros le imitaron. Después, dijo al que volvía de las Azores y la Guinea:

—Francisco, tú debías ir a la Rábida a dar gracias a la Virgen por estos dos años de feliz navegación.

—Iré ahora mismo. Iba allá cuando os encontré.

* * *

El monasterio de la Rábida, a donde pensaba encaminarse Francisco Vallejo, marinero del puerto de Moguer, después de haber hablado y bebido con sus compañeros, está construído en un promontorio en frente del Océano, a una legua de Palos. En la antigüedad hubo en el mismo lugar un templo pagano que fué reemplazado por una capilla dedicada a la Santa Madre de Nuestro Señor, cuando el cristianis-

Universidad Internacional de Andalucía

mo extendió sus conquistas por el sur de la península Ibérica.

El pueblo de Huelva—la antigua Onubia, devota de Hércules—veneraba una imagen de la Virgen, con el niño en brazos, hecha de mármol policromado. Y quienes más adoración ponían en este culto eran los marineros, en favor de los cuales la Madre de Dios había hecho tantos milagros desde fines del siglo III. Cuatrocientos años después, los frailes, que habían construído un monasterio para consagrarse a Ella, se aterraron pensando que los moros, ante cuyo ejército iban cayendo una a una las plazas fuertes de la España cristiana, podían apoderarse de la estatua sagrada, destruirla o profanarla. Una noche reveló una voz celeste al prior que el único medio de impedir este sacrilegio era el de arrojar la imagen al Océano, cosa que se hizo a las primeras claridades de la aurora.

Pasaron muchos años, durante los cuales la España estuvo sometida a los moros; después, los montañeses del Norte emprendieron la obra de la Reconquista.

El 8 de diciembre de 1472, fiesta de la Inmaculada Concepción, algunos pescadores que a causa de su pobreza habían conseguido del prior de la Rábida permiso para trabajar en

Universidad Internacional de Andalucía

la mañana de aquel día festivo, echaron una amplia red cerca del puerto de Huelva y, cuando después, la sacaron con todo género de precauciones, pues sentían crujir las mallas a causa del gran peso de la carga, vieron que en vez de peces habían recogido en las profundidades del agua una estatua de mármol, que fué reconocida por los frailes franciscanos, guardadores de la tradición, como la de la Virgen confiada al Océano, setecientos cincuenta y tres años antes. Desgraciadamente, faltaba la mitad del cuerpo del Niño Jesús, de la cintura para arriba. Llenos de fe y rogando a Dios que completara el milagro del hallazgo, los pescadores echaron de nuevo la red y sacaron la otra mitad del cuerpecito. El Padre Juan Bautista Pedroso aplicó esta parte sobre la primera e instantáneamente las dos mitades se unieron tan perfectamente, que no quedó señal de la sutura.

La noticia fué acogida con inmensa alegría por los pueblos de la costa del Océano, desde la frontera de Portugal hasta el Estrecho de Gibraltar, pues decían los hombres del arte de navegar que, si Dios había querido que la imagen de la Virgen fuese puesta de nuevo en el altar de la Rábida, era señal de que los moros no volverían a adueñarse del país, y segura-

Universidad Internacional de Andalucía

mente, también serían arrojados de los reinos y señoríos que aun ocupaban.

☆ ☆ ☆

—Y, entonces—dijo el viejo marinero—llegará para nosotros la hora de partir al descubrimiento del oro y las especias.

—A Antilia.

—Antilia o a otra parte, según las noticias que Martín Alonso traiga de Roma. El ya sabe algo de esto; querría ir aun más lejos, de la parte de las Indias: ¡Antilia, la isla de las Siete Ciudades, en donde se refugiaron con sus fieles, siete obispos, cada uno de los cuales levantó una ciudad, cuando España y Portugal fueron conquistadas por los moros! Será ya tiempo de volverla a encontrar... ¿Se habla de ello en Lisboa y en Madera, Francisco?

—¡Y tanto! También se habla en las Azores y en Canarias, desde donde ciertos días del año se la ve. Se dice que es una isla flotante...

Francisco interrumpió su discurso. Un hombre, con un niño de la mano, que los marinos sentados a la mesa habían visto acercarse a la

Universidad Internacional de Andalucía

taberna, estaba ya a algunos pasos de ellos. Era extranjero, seguramente; iba vestido con un hábito de color pardo grisáceo, que por el corte parecía de franciscano, y llevaba el cordón de San Francisco. Tenía buena estatura; fuerte de miembros, de rostro alargado, fresco y rojizo de color, lleno de pecas. No parecía tener más de treinta y cinco años, aunque, si sólo se hubiese mirado su cabellera casi blanca, se le habrían supuesto muchos más. Los marineros se levantaron; el que estaba más próximo hizo ademán de tomarle la mano para besársela; pero el extranjero rechazó vivamente este homenaje de respeto, diciendo:

—No soy religioso, sino un navegante, como vosotros. Traigo hábito por una devoción particular a San Francisco y porque vengo de Portugal en peregrinación al convento de la Rábida.

Entró en la casa, acompañado del niño; pidió un caldero de agua, y con gran asombro de la tabernera y de su sirvienta, que no estaban acostumbradas a ver tales cuidados de limpieza entre sus clientes, se levantó las mangas, se lavó el rostro, cuello y brazos, frotándoselos fuertemente, y luego hizo otro tanto con el niño. Después, muy cortésmente, pidió a la patrona que le hiciese servir en la mesa de fuera

Universidad Internacional de Andalucía

unos huevos con tocino y un jarro de agua. En el momento en que franqueaba el umbral, oyó estas frases:

—Hay vagas noticias de las islas de San Brandán y del Brasil. ¿Serán flotantes? Nada se sabe. Pero Antilia, por menos, no lo es; si lo fuera, nuestro infortunado compañero Alonso Sánchez de Huelva, que estuvo allí lo hubiera dicho.

Al oír estas palabras, se detuvo el extranjero; palideció como acometido por una dolorosa sorpresa. Vaciló, pero logró serenarse, y aproximándose a los marineros, les pidió que le hicieran sitio en la mesa al niño y a él, cosa a la que accedieron de buen grado. Mientras servía al niño, después de haber cortado dos pedazos de pan, entabló conversación con ellos.

—Acabo de oíros pronunciar el nombre de un marino de Huelva que decís ha ido a la Antilia. Sin duda será ésa una de tantas fábulas de descubrimientos fortuitos o clandestinos que corren por los puertos y cuya falsedad se reconoce pronto.

—¡No es así el de Alonso Sánchez! Pero si vuesa merced es marino portugués y viene de Portugal, deberá haber oído hablar de él.

—Esta es la primera vez que oigo su nombre. Yo no soy portugués, sino ligur.

Universidad Internacional de Andalucía

—¡Ah! En este país son numerosos los compatriotas de vuesa merced. Hacen grandes fortunas en negocios de agio. Sólo los judíos les igualan o les aventajan. Los genoveses son también buenos marinos; pero se aferran cada día con más testarudez en el error de frecuentar principalmente el Oriente de una mar interior. No hacen descubrimientos. Si vuesa merced ha estado en Lisboa deberá saber que el mar Océano es mucho más provechoso. ¿Ha visitado vuesa merced muchos mares?

—Yo he visitado todos los mares recorridos por los navegantes.

—¿Todos? ¿Los de Francia, de Flandes y de Inglaterra?

—Yo he visto todo el Levante y el Poniente; he estado en la ruta del Norte, donde se halla Inglaterra, y aun más al Norte, más arriba de la isla de Tule.

—¿Habrá estado vuesa merced en Guinea? —preguntó Francisco Vallejo.

—Sí, he recorrido toda la costa; he visitado el fuerte de San Jorge de la Mina, que pertenece al rey de Portugal, y que se encuentra en la línea equinoccial...

—¿Está seguro de ello vuesa merced?

—Segurísimo. Como soy cosmógrafo y cartó-

Universidad Internacional de Andalucía

grafo he averiguado yo mismo su latitud con ayuda del cuadrante.

El piloto Francisco guiñó el ojo a los marineros sentados frente a él, como diciéndoles: «Desconfiad; es un hablador». En efecto, el extranjero no había ido al castillo o fuerte de la Mina que no está al Sur de Ecuador, sino a más de cinco grados de latitud norte. Y en todo caso, de haber estado, era incapaz de haber tomado la altura.

El genovés prosiguió:

—He ido desde allí a la costa de la Malagueta, en donde adquirí una carga de pimienta. En la playa, una tarde, he visto posarse a las sirenas...

—¡A las sirenas! ¡Vuesa merced ha visto a las sirenas! ¿Realmente?

—¿Por qué no? Pero no son lo que pretenden los poetas: mujeres hermosas de armoniosa voz; son hombres bastante feos de rostro y que dan gritos roncos. Otras personas les han visto también. Su existencia es más cierta que la de Antilia, la isla de las Siete Ciudades.

—Nuestro amigo Alonso Sánchez estuvo en ella y volvió. Era piloto de una carabela portuguesa que partió con un cargamento de mercancías para Flandes. En su ruta fué sorprendida por una fuerte tempestad y llevada por

Universidad Internacional de Andalucía

su violencia y su ímpetu, abordó en esa isla que así fué descubierta. Los tripulantes desembarcaron. Alonso Sánchez determinó la situación, marcándola en una carta de marear Después volvieron a darse a la vela para tornar a Portugal, con la idea de organizar una expedición para la toma de posesión legal y la explotación en beneficio de la corona y de los descubridores. Pero a la vuelta, la carabela naufragó a la vista de Porto Santo. Pereció toda la tripulación excepto el piloto Alonso Sánchez, que fué llevado hasta la playa por un madero. Unas gentes de mar le recogieron moribundo, y aun tuvo fuerzas para decirles que acababa de descubrir Antilia y que quería volver a ella. En aquellos momentos pasó por allí un hombre que se lo llevó a su casa para cuidarle. Allí murió algunos días después.

—¿Por quién habéis sabido esta historia?—preguntó el extranjero, palideciendo por segunda vez.

—Yo vengo de Porto Santo—respondió Francisco Vallejo—; la sé por uno de los marineros que encontraron en la playa al pobre Alonso y dejaron que se lo llevara a su casa aquel hombre, un extranjero, según creen, cuyo nombre ignoran.

El navegante ligur guardó silencio. Acabó de comer los huevos con tocino que apenas había

Universidad Internacional de Andalucía

tocado. De tal manera le preocupaban las novedades que oía del piloto de Moguer. Después llamó a su hijo, que jugaba algunos pasos mas allá con otros niños:

—¡Vamos, Diego, en marcha!—dijo— Aún nos queda por andar un buen trecho para subir a la Rábida.

Y se alejaron en dirección del promontorio, después de haberse despedido de los marineros y de la tabernera.

—Nadie podrá quitarme de la cabeza—dijo Francisco a sus camaradas—que ese extranjero ni es cosmógrafo, ni marino. Para mí, no sabe cómo se maneja el cuadrante.

* * *

Necesitaron los viajeros más de dos horas para llegar al convento, pues el niño, a pesar del descanso y del refrigerio de la taberna, estaba aún fatigado, cosa que no le impedía dejar de vez en cuando la mano de su padre para correr detrás de una mariposa o intentar subirse a un arbolito para coger frutas. Caminaban por senderos estrechos bordeados de naranjos, limoneros e higueras que dejaban para atravesar cam-

Universidad Internacional de Andalucía

pos cubiertos de viñedo y de romero por donde creían acortar la distancia. Por fin llegaron al lindero de un bosque de pinos que coronaba el promontorio. El padre se detuvo, contempló el paisaje que extendía el esplendor de sus líneas y de sus colores hasta el Océano, por donde se deslizaban las velas, deslumbrantes de sol, y aspiró con fruición, largamente la brisa que venía de alta mar y recogía de paso los perfumes de los vegetales.

—¡Qué bien huele!—dijo al niño—. No hay nada más delicioso en la obra de la creación que los olores de la tierra, de las frutas y de las flores mezcladas a los del mar en un viento fresco y dulce como éste.

Y el extranjero, voluptuoso del olfato, no se cansaba de aspirar el aire embalsamado. No tardaron en ver el convento, cuyo encalado frente se destacaba sobre el fondo obscuro de una cortina de pinos. Los viajeros llamaron a la puerta. Al verles, el hermano portero hizo un movimiento de sorpresa tal que el extranjero se creyó en el deber de excusarse como lo había hecho con los marinos. Devoto de San Francisco, venía con su hijo en peregrinación a Santa María de la Rábida y deseaba ver al Padre Antonio de Marchena.

—¿A quién debo anunciar?

Universidad Internacional de Andalucía

—El Padre no me conoce e ignora mi nombre—respondió—. Dígale que vengo de parte de su difunto amigo el piloto Alonso Sánchez.

El portero hizo entrar a los dos visitantes en el claustro, y fué a advertir al Padre Antonio que acudió algunos minutos después, y aun antes de estar junto al genovés y darle su mano a besar, levantó los brazos al cielo, exclamando:

—¡Vuesa merced ha visto a nuestro pobre Alonso! ¡Y le hizo algún encargo para sus amigos de la Rábida!

—Sí, Padre; yo vivía en Porto Santo, de la que es gobernador mi cuñado, cuando él naufragó a la vista de la isla. Yo le recogí moribundo en la playa y le hice transportar a mi casa en donde, a pesar de los cuidados de que le rodeé, no vivió más que dos días. Me rogó que escribiera a Vuestra Paternidad que moría como un buen cristiano...

—Como había vivido. ¡Que Dios le tenga en su santa gloria!

—Pide a Su Paternidad que no le olvide en sus oraciones.

—¡Cómo había de olvidarle! Ya he aplicado misas por su eterno descanso. ¿Qué más dijo? ¿Es cierto que volvía de Antilia?

—Me lo ha afirmado, añadiendo que quería

Universidad Internacional de Andalucía

que Vuestra Paternidad lo supiese. Me ha dado algunos detalles sobre su último viaje, que me han interesado grandemente, pues yo también soy del arte de la mar; he aprendido muchas cosas por mi propia experiencia de navegante, por mis conversaciones con otras personas, así como con individuos de mi familia y de la de mi mujer, que es hija del navegante y descubridor portugués Perestrello...

—Venga vuesa merced a la biblioteca—dijo el Padre Antonio.— Hablaremos mejor allí. Deje al niño en el jardín, al cuidado del portero, que le atenderá.

Y, tomándole del brazo, le condujo por una escalera a la galería que redeaba el claustro, y abrió una puerta. Estaban en una salita cuyos muros, a excepción de un espacio estrecho en que pendían un crucifijo y algunas imágenes de santos, estaban cubiertas de estantes de libros; en el centro, una mesa en donde se abrían cartas geográficas; en torno en la mesa, cuatro escabeles, uno de los cuales soportaba un planisferio. No había más muebles ni espacio para ellos.

—El que entra aquí se creería más bien en la casa de un sabio geógrafo que en la de un religioso—dijo el visitante, tras de lanzar un vistazo a las filas de libros y a los mapas.

Universidad Internacional de Andalucía

—Sabio, no—respondió el Padre—; estudiante apasionado. Habitamos esta casa siete religiosos de San Francisco que, después de la salvación del alma de los marinos del contorno y de la nuestra, no nos cuidamos de otra cosa que del estudio del arte de navegar. Hacemos cartas para los navegantes y para nosotros mismos, por gusto. El prior, que es el Padre Juan Pérez, nos da ejemplo. Su reputación de santidad y ciencia ha llegado hasta la corte. La reina le tomó por confesor. Si hubiese querido, sería obispo. Pero a los honores de que le colmaban ha preferido su monasterio, la Virgen de la Rábida, el puerto de Palos, las carabelas y los marinos. Suplicó a la reina que tomase otro confesor y dejó la corte. La semana pasada ha tenido que volver a ella, pues la reina ha creído necesario consultarle. Pero antes de un mes volverá al monasterio. Nos lo ha prometido.

El extranjero escuchaba al Padre Antonio con atención, aunque sin apartar la vista de una de las cartas desplegadas sobre la mesa.

—¿Interesa a vuesa merced?—preguntó el Padre—. No me extraña si es del oficio. La isla de Antilia, que Alonso Sánchez ha descubierto, está marcada allí. Pero con la emoción que

Universidad Internacional de Andalucía

su recuerdo ha despertado en nosotros, vuesa merced olvidó decirme su nombre.

—Me llamo Cristóbal Colón.

—¡Vuesa merced es gallego!

—¡Yo, gallego!—exclamó el extranjero sobresaltado como si, a la vez, se sintiese inquieto y ofendido por esta pregunta—. ¿De dónde puede venir esa creencia?...

—No se ofenda vuesa merced. No comparto el desdén que muestran algunos por las buenas gentes de Galicia, de donde salen excelentes marinos. El nombre de vuesa merced me trajo la sospecha. *Colón*, en gallego, significa *cuello gordo*.

—Mi nombre no tiene este origen ni esta significación. Yo soy ligur. Pertenezco a la familia de los condes Colombo de Cuccaro, que es un castillo del Monteferrato. El señorío de este castillo y de los lugares que poseyeron mis ascendientes viene del emperador Otón, que confirmó a los tres hermanos Colombo sus bienes y feudos y les concedió otros por servicios prestados al Imperio en el mando de los ejércitos. En 1341, el marqués de Monteferrato confirmó estas gracias y privilegios a Enrique Colombo, mi bisabuelo. Según auténticos documentos del Imperio, mi familia era ilustre y poderosa a mediados del siglo x; pero su noble-

Universidad Internacional de Andalucía

za se remonta mucho más alto: yo desciendo de *Colonius*, el general romano que venció a Mitrídates, rey del Ponto, le llevó prisionero a Roma y mereció los honores del triunfo y las insignias consulares. Con el tiempo, el nombre de *Colonius* se trasformó en *Columbo* o *Colombo*. Para darle lustre, y para distinguirle de los otros miembros de mi familia, me llamo yo *Colón*. Mi abuelo se lanzó como tantos otros nobles ligures y lombardos a empresas marítimas que no resultaron afortunadas; en ellas disipó una parte de su fortuna; otra la perdió en las guerras y revueltas civiles. Pero los Colombos conservan todas las cualidades por las que brillaron a través de los tiempos; dos de mis deudos, mayores que yo, son almirantes. Yo he batallado en el mar, a bordo del navío de uno de ellos, y he hecho exploraciones con el otro. El rey Renato me ha confiado el mando de una de sus galeras de guerra y he salido a campaña por él.

El Padre Antonio de Marchena contemplaba con una admiración mezclada de asombro a aquel Cristóbal Colón al cual había tomado por un simple piloto y que, de golpe, se revelaba como un gran personaje cuya visita sería un honor para el monasterio y sus humildes religiosos.

Universidad Internacional de Andalucía

—Excúseme vuestra merced—dijo—: yo no podía saber... Con tales ascendientes, el ejemplo y el consejo de parientes tan ilustres, no podrá menos de ser un gran navegante.

—Comencé a navegar a los catorce años y no he dejado de hacerlo hasta ahora. El arte de navegar lleva a los que lo practican a desear conocer los secretos de este mundo. Hace veinte años que me dedico a esto. He recorrido todos los mares que frecuentan los navegantes. He entrado en relación con hombres sabios, clérigos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros y de otras numerosas sectas. Nuestro Señor me ha favorecido mucho para la satisfacción de este deseo, pues me ha dado el espíritu de la inteligencia. En lo que se refiere al arte de marear, me hizo abundoso; de Astrología, me dió lo que bastaba, y también de Geometría y de Aritmética. Recibí ingenio en el ánima y manos hábiles para dibujar la esfera y marcar las ciudades, los ríos, las montañas, las islas y los puertos, cada uno en su propio sitio. En este tiempo he visto, y me he aplicado a examinar, todo lo que se ha escrito en cosmografía, historia, crónicas, filosofía y otras artes. En nuestro oficio es bueno saber muchas cosas. Aunque de humilde condición, nuestro amigo Aloso Sánchez estaba muy instruído, si bien

Universidad Internacional de Andalucía

más por la experiencia que por los libros. ¡Qué desgracia ha sido esta muerte prematura! Hubiese descubierto islas...

—Hubiera vuelto a Antilia.

—Hay otras, otras muchas más por descubrir, todas ricas en oro, en especias, en esencias, en piedras preciosas. Son tantos signos los que nos anuncian su existencia, que sería locura no creer en ellos. Los vientos del Oeste han arrojado muchas veces en la playa de Porto Santo pedazos de madera esculpidos con dibujos extraños que no pueden ser obra de cristianos y que no han sido labrados con instrumentos de acero, y también han venido bambués de una especie desconocida, y tan gruesos, que en el espacio comprendido entre dos nudos se podían vaciar nueve garrafas de vino. Pedro Correa, mi cuñado, tiene algunos. El rey de Portugal también tiene y me los hizo enseñar un día que hablaba con él de los descubrimientos que pueden hacerse. Los vientos han traído asimismo a aquellas costas y a las de las Azores pinos del todo diferentes a los de los países conocidos. Hasta se han recogido en las aguas de aquel archipiélago cadáveres humanos de rostro muy alargado, cuyo aspecto no es de cristianos, y barquillas o piraguas insumergibles con una cámara de forma particular. ¿Estos hechos

Universidad Internacional de Andalucía

no bastan para demostrar la existencia de islas occidentales, más allá de las que han descubierto y poblado ya españoles y portugueses? Las hay que son tierras flotantes parecidas a las que mencionan Plinio y Séneca. Los habitantes de las Azores y de las Canarias las ven en ciertas épocas del año, a lo lejos y siempre al Oeste. Recientemente, un piloto, Domingo del Arco, ha visto unas al Oeste de Madera, y las ha pedido al rey, que le ha hecho donación de ellas por una acta, y se obliga a proporcionarle medios para ir en su busca.

—Nunca he creído en esas islas flotantes—dijo el Padre Antonio—; ni puedo creer aún en ellas. La que se ve desde Las Palmas, ¿no será el reflejo sobre una nube de la isla de Hierro? ¡Y, sin embargo!... Afirman la existencia de estas islas flotantes tantas gentes razonables, incapaces de dejarse engañar por un espejismo, que a veces vacilamos. Pero, sea esto una fábula o una realidad, hay otras cosas tan extraordinarias como éstas, de las que es imposible dudar. Vivimos en una época prodigiosa de descubrimientos. Dios revela a los navegantes la amplitud del mundo terrestre y les permite descubrir riquezas y maravillas de la naturaleza de que está privada nuestra Europa. Sin embargo, no son verdaderos descubridores; no hacen sino

Universidad Internacional de Andalucía

volver a encontrar lo que otros habían descubierto cicuenta años, un siglo, diez siglos antes que ellos. Los portugueses han descubierto la Guinea; pero más de cuarenta años antes de que hubiesen puesto los pies allí existían mapamundis en que estaba dibujada la línea de su costa. Esperan llegar hasta el reino del Preste Juan, hasta las Indias. La ruta está señalada en los mismos mapas, pues si éstos expresan una verdad, no tienen más que seguirla. En el extremo sur del Africa, que afecta la forma de un triángulo, encontrarán una punta de tierra llamada cabo Diab; en cuanto doblen este cabo bogarán hacia las Indias a lo largo de la costa de Sofala y la isla de la Luna, que es mayor que España. No se sabe quién es el primero que llegó a esta isla, ni cómo este predescubrimiento ha venido a conocimiento de los cartógrafos que lo han señalado en sus mapas; pero sí tenemos noticia de que el verdadero descubridor del río de Oro es el catalán Jaime Ferrer, que arribó a él en 1346. En cuanto al cabo Diab, está marcado en el planisferio de Marino Sanuto, autor del *Liber secretorum fidelium crucis*, obra de 1306, y en el planisferio de Fray Mauro, de los camaldulenses de San Miguel de Murano, hecho hace cerca de treinta y cinco años. Un historiador de la antigüedad cuenta que

Universidad Internacional de Andalucía

unos navegantes fenicios que habían pasado el Estrecho de Gibraltar, siguieron la costa africana y que un día vieron de repente el sol a la derecha de su embarcación. El historiador añade que él no puede creerlo. La explicación del fenómeno es, sin embargo, muy sencilla; estos fenicios habían doblado el cabo Diab y bogaban hacia la isla de la Luna. Otras tierras desconocidas figuran también en estas cartas. En una de ellas afirma una inscripción que hay más de cinco mil islas en el mar de las Indias. Las hay también más cerca de nosotros; lo único que falta ahora es encontrarlas de nuevo. No habrá siquiera necesidad de darles nombres: ya lo tienen, como sucede con las islas de Antilia y el Brasil. Las de cabo Verde figuraban en las cartas con el nombre de islas Verdes antes de la llegada de los portugueses. Madera figuraba con su nombre traducido al italiano, *Isola de legus* en una carta dibujada en 1351, es decir, unos cincuenta años antes del descubrimiento de esta isla. El caso más extraordinario y el más misterioso es el de Antilia, que está señalada, en un mapa dibujado por un compatriota de vuesa merced, el genovés Bedaire, con esta inscripción: *Isola novo scoperta*. ¿Nuevamente descubierta? Lo había sido en 1414 por un navegante español, si creemos

Universidad Internacional de Andalucía

la opinión del famoso cartógrafo de nuestro tiempo, que es al mismo tiempo un gran viajero, Martín de Bohemia, con el que tuve la fortuna de hablar hace algunos años, cuando pasó por Huelva. A los dos años de haber dibujado Bedaire su mapa, otro italiano, Andrés Bianco, hizo uno en que el nombre de Antilia está acompañado de esta inscripción:

Questo he mar de Spagna.

—¡Imposible! — exclamó Colón, levantándose como herido por un golpe violento e inesperado.

—¿Por qué?—respondió tranquilamente el Padre Antonio—. Si un español tomó posesión de Antilia, como parece cierto, el mar que la baña es un mar español.

—¡Mar español, cuando la isla viene siendo desconocida y no se ha tomado posesión de ella, por lo tanto!

—¡Ah! Recuerde vuesa merced lo que era España en 1414. Sus príncipes tenían cosas más apremiantes que organizar expediciones a Ultramar. Pero antes de que se haya perdido hasta el recuerdo de este viaje, un cartógrafo que tuvo conocimiento de él, lo señaló sobre un planisferio y aunque ligur, llevó la generosidad hasta considerar la adquisición de Antilia para España como definitiva. Mala suerte la del viaje de nuestro querido Alonso. Con ésta son ya dos ve-

Universidad Internacional de Andalucía

ces que vamos a Antilia, pues yo tengo por una leyenda el descubrimiento de los siete obispos. Se dice que los portugueses intentaron sin resultado, encontrarla recientemente; pero sobre esto sólo tengo noticias vagas. Tal vez vuesa merced las haya recibido más precisas, puesto que viene de Portugal. Se dice que un tal Pedro de Velasco, del puerto de Palos, tomó parte en una de esas expediciones portuguesas. Yo no le conozco; dejó esta tierra siendo mozo y no ha vuelto.

Cristóbal Colón, que no ignoraba nada de lo que había sucedido en el mundo de los navegantes portugueses desde hacía treinta o cuarenta años, sobre todo en lo que concernía a Antilia, completó en seguida las noticias del Padre Antonio de Marchena acerca de la isla fabulosa.

Pedro de Velasco era piloto del navegante Diego de Teiva, que en vida del infante D. Enrique, partió en busca de Antilia. Recorrió más de ciento cincuenta leguas al sudoeste de Fayal, luego volvió sobre sus pasos y descubrió la isla de Flores. Hacia 1475 cedió sus derechos sobre esta isla a su compatriota Fernando Téllez, al que el rey Alfonso V confirmó esta cesión y concedió el privilegio exclusivo de descubrir islas y tierra firme fuera de los mares de Guinea. La isla de las Siete Ciudades iba incluída en esta donación. No llegó a ella. Pretendió, sin

Universidad Internacional de Andalucía

embargo, haber descubierto una isla que no podía estar alejada de Antilia; pero ni volvió a ella, ni la pobló, ni tomó posesión regularmente, en nombre del rey. Ni siquiera se señaló su posición exacta en una carta de navegar.

—Alonso Sánhez, si hubiese vuelto—exclamó el franciscano—sabía muy bien dónde estaba. Y sus aguas hubieran sido, en verdad, un mar de España. ¡Ah!, ¿quién le reemplazará?

Colón iba a decir algo, e irguió el cuerpo, como para hacer más afirmativas sus palabras; pero se dejó caer en el escabel de nuevo y guardó silencio.

El navegante y el fraile se inclinaron sobre los mapas. El Padre Antonio los recorrió con un dedo, señalando a su interlocutor los lugares de que acababa de hablar: la costa africana en su parte no descubierta aún, prolongada hasta cabo Diab; este cabo dibujado—y era éste el cabo de Buena Esperanza que Bartolomé Díaz descubrió al año siguiente y Vasco de Gama dobló en 1497—; a Oriente, después de doblar el cabo, la costa de Sofala, la gran isla de la Luna —que al descubrirse más tarde se llamó Madagascar—, y el vasto Océano Indico, hormigueante de islas desconocidas, pero que en la lejanía de las edades pasadas fueron recorridas por los navegantes, a no ser que los cartógrafos

Universidad Internacional de Andalucía

las hubiesen adivinado, cosa que hubiera sido más extraña; y el Brasil, que aquellos cartógrafos hacían isla, y acerca de cuya posición no estaban de acuerdo. Antilia, la misteriosa, la indómita, cuyo mar se calificaba de español, que daba albergue a navegantes atrevidos para llegar a ella y desembarcar en sus arenas, y que no les dejaba volver. Aquellas cartas y planisferios proféticos apasionaban cada día más a los españoles costeros del Atlántico y al pueblo entero de Portugal, entusiasmo a crecido a medida que sus prediciones se realizaban. Era un vértigo.

Todas las esperanzas, todas las codicias, todas las ambiciones materiales o espirituales y desinteresadas, henchían cientos de miles de pechos: atracción de las aventuras hermosas y del riesgo, amor a la gloria y a la patria, amor a Dios y a su Iglesia, sed de riquezas escondidas en las tierras ignotas, deseo de aumentar la suma de los conocimientos humanos. Algunas almas heroicas soñaban con embarcarse y volver al puerto de salida, después de haber navegado mucho tiempo sin variar de rumbo. Pues en España y en Portugal casi nadie ignoraba entonces que la tierra es redonda. *Mundi formam omnes fere consentiunt rotundam esse*, acababa de escribir el sabio Eneas Silvio Pic-

Universidad Internacional de Andalucía

colomini, papa con el nombre de Pío II. No se le hubiera ocurrido a ningún laico ni religioso la idea de que pudiera haber contradición entre las enseñanzas de la Iglesia y las de la ciencia, ni que esta última condujera a la impiedad.

El Padre Antonio de Marchena, los otros frailes de la Rábida y su prior Juan Pérez consagraban a estos estudios todo el tiempo que sus deberes religiosos les dejaba libre, y le dedicaban horas robadas al sueño, convencidos de que era ésta también una manera de servir a Dios y a la Virgen, patrona de los marinos. ¡Y quién sabe si no acabarían siendo navegantes, cuando el descubrimiento de vastas tierras pobladas de infieles abriese campos de cosecha de almas a los misioneros del Evangelio!

El P. Antonio, razonable y ponderado, como fraile y como sabio, separaba la parte de fábula y de imaginación vagabunda en cuanto había recogido de la tradición oral o escrita. Por algunas frases y hasta por los gestos mismos de su interlocutor, se había dado cuenta de que éste no discernía la leyenda y el ensueño popular de las realidades y las cosas posibles, cosa que no impedía el que Cristóbal Colón fuese a sus ojos, al par que un gran señor, un navegante experimentado y erudito. (Ya vimos que el piloto Francisco Vallejo formó de él una opinión muy

Universidad Internacional de Andalucía

diferente.) Pero, ¿acaso es posible siempre escapar al efluvio fabuloso de todo un pueblo en cuya impregnada atmósfera vivimos? El mismo Padre Antonio se deleitaba con la lectura de Marco Polo, en donde, por otra parte, no todo se debe rechazar, y con la del *Libro de las maravillas del mundo*, de Juan de Mandevilla que acababa de descubrir en una traducción italiana que un franciscano de Roma le había enviado. Y, más de una vez, con los ojos entornados, se había abandonado al ensueño de una Antilia adonde siete obispos españoles habían conducido sus ovejas y construído siete ciudades, y un día había escuchado sin sonreír a un marino que contaba que en torno de Antilia se encontraban numerosas islas que a la llegada de los obispos habían sido encantadas por un milagro de Dios y se habían transformado en gigantescos pájaros marinos, alguno de los cuales se había acercado a las Canarias y a las Azores. ¡Estos pájaros eran las islas flotantes que volverían a tomar su forma de tierras inmóviles y su lugar en torno de Antilia cuando los moros fuesen arrojados de España! El reinado de Isabel la Católica, tan gloriosamente comenzado, ¿vería el esclarecimiento de tantos misterios?

En aquel momento y en aquella minúscula

Universidad Internacional de Andalucía

biblioteca que presentaba el pasado y el porvenir del mundo con los trazos de sus cartas marinas y con los caracteres de sus infolios, el fraile procura más que nunca resistir al ensueño porque siente que su visitante podría arrastrarle. La mirada y los pensamientos de Colón estuvieron largo tiempo absorbidos por un mapa. Después hojeó con mano impaciente el libro de Mandevilla.

—Es atrayente—le dice el Padre—y poco conocido aún, por lo menos entre nosotros. Contiene muchas fábulas, recogidas aquí y allá o inventadas por el autor, pero encierra también observaciones muy justas. ¿Quiere leerle vuesa merced?...

—Colón parece no oírle. Bruscamente levanta la vista y, como hablando consigo mismo, murmura:

—Yo también he descubierto islas...

—¿Vuesa merced?—exclama el fraile sorprendido—. ¿Algunos descubrimientos clandestinos?...

—Clandestinos... por ahora, y dado lo que Vuesa Paternidad signifique con esta palabra que yo no tenía cartas, patentes ni privilegios de ningún soberano. Pero ya me pondré en regla tanto para los descubrimientos hechos como para los que me propongo hacer y que haré seguramente. Se lo he ofrecido al rey de Por-

Universidad Internacional de Andalucía

tugal y he tenido muchas conversiones con él sobre este particular. No he podido convencerle: Dios le ha cerrado la vista, el oído y todos las condiciones que yo ponía.

—¿Cuáles eran, pues?

—El título de almirante del mar Océano, el virreinato de las tierras descubiertas y que descubriese en adelante, el 10 por 100 del producto de la explotación de todas aquellas tierras, el derecho de nombrar a los gobernadores; y todo esto, hereditario, a perpetuidad, en mi familia.

El Padre Antonio abrió los ojos asombrado. Cristóbal Colón acababa de exponer sus pretensiones exorbitantes en un tono tranquilo, lleno de autoridad y de seguridad, que le desconcertaba.

—¿Cómo podía vuesa merced esperar—le preguntó—que el rey otorgase tantos privilegios y y mercedes a perpetuidad? Supongamos que descubre numerosas tierras, ricas y grandes como la isla de la Luna, y que son pobladas después por portugueses y otros europeos. ¡Los descendientes de vuesa merced serían más poderosos que el mismo rey!

—Yo creo que mi persona y las tierras que he descubierto y que son mías, como si las tuviese aquí mismo, bajo mi mano, y las otras

Universidad Internacional de Andalucía

que estoy seguro de descubrir, merecen esto. Hay dos almirantes en mi familia; yo seré el tercero. Escúcheme Vuesa Paternidad: yo tengo confianza en quien me oye, y hablo delante de Dios. He recibido una misión que debo cumplir, y ninguna fuerza humana, ningún obstáculo material, me apartará de ella. Para consagrame por completo a su realización he roto hasta los lazos de familia; he dejado en Lisboa a mi mujer y a mis numerosos hijos a los cuales no volveré a ver acaso, nunca más, y sólo he traído conmigo al mayor, a fin de que se eduque en España para ser el heredero del virreinato de mis islas y tierras firmes que voy a ofrecer a la Corona de Castilla.

—¿Y si la reina rechaza las demandas de vuesa merced? Ciertamente, es demasiado...

—Las mantendré todas, aunque debiese proseguir hasta el último aliento, mis idas y venidas, para ver a todos los príncipes, y para abrir tratos con todas las ciudades libres y repúblicas de la cristiandad. Si la reina de Castilla no me concede, por cartas, patentes y órdenes reales, todo lo que quiero, tomaré de la mano a mi pequeño hijo Diego y me iré a ver al rey de Francia y al rey de Inglaterra.

* * *

Universidad Internacional de Andalucía

Cristóbal Colón había aprendido de Alonso Sánchez, no solamete que la isla de Antilia existía realmente, sino también que se hallaba a una distancia de 700 a 750 leguas al oeste de Las Canarias y en línea recta. Antes de morir, el piloto había tenido tiempo de rogarle que le recomendase a las oraciones de su amigo el Padre Antonio de Marchena, uno de los mejores cosmógrafos del reino de Castilla, al cual nada que se refiriese al arte de marear era extraño. Le había dicho también que el Padre Juan Pérez, prior de la Rábida, tenía asimismo nombradía de gran cosmógrafo, y que gozaba de mucho crédito ante la reina, cuyo confesor había sido. Pertrechado con estas preciosas noticias, que le abrían caminos probables de éxito, se había apresurado a ir a la Rábida. Después tenía que ir a llevar a su hijo Diego a Huelva, a casa de su cuñada Violante Briolonja, mujer de Molyart, y en seguida trasladarse a Sevilla, en donde se hallaba la Corte, y procurarse una audiencia de la reina. Su hijo único, ya que, para conmover el corazón e impresionar el espíritu del Padre Marchena, había dicho una mentira—que no era la única—afirmándole que, a fin de consagrarse por entero a una noble misión, había abandonado en Lisboa a una mujer y a varios hijos. Su mujer

Universidad Internacional de Andalucía

había muerto sin dejarle más que un solo hijo, el pequeño Diego.

La impresión producida en el virtuoso y sabio Padre por quien él tenía como un noble genovés, había sido muy profunda, y se acentuó aun en el transcurso de una segunda coversación. Cuando Colón hablaba de su ciencia y de su experiencia de navegante, de los descubrimientos que había hecho y de los que había de hacer, lo mismo que cuando hablaba de la gloria de su familia, el visitante procedía por afirmaciones categóricas, con tanto aplomo y suficiencia, que no podía quedar duda ninguna a su interlocutor. El Padre Marchena notaba cierto exceso de imaginación desenfrenada, de jactancia y orgullo aristocrático; ¿pero quién de nosotros no tiene defectos? El religioso conocía demasiado las flaquezas y vicios de los hombres para no estar inclinado a la indulgencia. En la taberna de Palos, el grave error a cerca de la situación del castillo de la Mina había convencido a un pïloto que tornaba de Guinea de que el extranjero no era un navegante experimentado y sabio. Pero en las dos primeras conversaciones con el fraile, y en las siguientes, no cometió ningún error como aquel de tanto bulto que no pudiese menos de ser advertido e inspirar sospechas.

Universidad Internacional de Andalucía

El Padre Antonio invitó a Colón a pasar algunos días en la Rábida. Este ofrecimiento correspondía demasiado al deseo del navegante para que no lo aceptase con una efusión de gozo. ¡Era el Padre tan instruído en todas las cosas del mar, y su biblioteca tan rica de libros, de manuscritos y de mapas!

Pasó toda una tarde en medio de todos aquellos tesoros de la ciencia náutica y de la leyenda. Iba de uno a otro, febrilmente, como si quisiera leerlo todo a la vez. El nombre de un autor, un título le atría, abría el libro, leía algunas páginas, y no hallando lo que buscaba, lo dejaba en seguida si pensar qué otro capítulo podría satisfacerle. Era evidentemente un hombre que tenía una idea fija, entorno de la cual giraban todos sus pensamientos. Tomó al fin el *Libro de las Maravillas del Mundo*, y no lo dejó ya.

Cuando volvió el Padre Antonio, Colón tenía la mirada fija en un punto lejano, ausente de todos los objetos vecinos. Su espíritu se perdía en un galopar de ensueños. El libro de Juan de Mandevilla estaba abierto en una página del capítulo intitulado: «De las regiones que se hallan entre los cuatro ríos que salen del Paraíso Terrenal».

«...Yendo hacia oriente, no se encuentra sino

Universidad Internacional de Andalucía

grandes montañas y grandes rocas en donde no se ve ni de noche ni de día; esta es la región tenebrosa. Y llega esta región hasta uno de los lados del Paraíso Terrenal, que no está muy alejado. Y este oriente no es el nuestro, pues nosotros llamamos así al lugar por donde sale el sol; pero el oriente es en propiedad el comienzo de la tierra. Cuando nosotros tenemos día por aquí, es noche por allá, a causa de la redondez de la tierra. Pues Nuestro Señor hizo la tierra redonda, y en el centro del firmamento. Del Paraíso Terrenal nada puedo contaros, porque no estuve en él, y es cosa que me pesa mucho. Pero os referiré lo que oí decir a los más sabios de por allá. Dicen que el Paraíso Terrenal es la tierra más alta del mundo. Y es tan alto, que toca cerca del círculo de la luna, por donde la luna hace su carrera. Y las aguas del diluvio no han podido llegar a él, aunque cubrían toda la tierra y las montañas del mundo. Y el Paraíso Terrenal está por entero rodeado de un muro que no se sabe de qué es, pero que parece de espuma; y no se ve piedra ni otra materia. Y se extienden los muros desde el mediodía hasta el norte, y no hay más que una entrada que está cerrada por un fuego ardiente; así es, que ningún hombre mortal pue de entrar allí. Y en lo más alto de la tierra está

Universidad Internacional de Andalucía

en el centro la fuente de donde vienen los cuatro ríos que corren por diversas tierras. El primer río tiene el nombre de Flisón o Ganges, que todo es uno, y corre por la India, en cuyo río hay muchas piedras preciosas, madera de áloe y arenas de oro. El otro río se llama Gyon y pasa por la Etiopia y Egipto. El tercero se llama Tigris, que pasa por Asiria, la Armenia Grande. El cuarto se llama Eúfrates y pasa por la Media, Persia y la Armenia Menor. Y de este río nace otro cuyo nombre no sé. Y se dice que todas las aguas dulces que hay en la tierra nacen de estos cuatro ríos.»

—¡Vamos, señor!—dijo el Padre Antonio sonriendo al tiempo que ponía amistosamente la mano en el hombro de Colón. ¡Tregua al vagabundeo! Permítame que le diga que no se debe ceder más que a las solicitaciones de la verdad que es tan rica y bella. Dios, que arrojó al primer hombre y a la primera mujer del Paraíso Terrenal, no lo hizo para permitir que los pobres pecadores, sus descendientes, se acercasen a él. ¡Qué gracioso narrador de fábulas es ese Mandevilla, que pretende haber oído a hombres sabios que el Paraíso Terrenal casi toca a la luna! Hay capítulos más interesantes que éste en el *Libro de las Maravillas*, aunque no sea sino aquel en que refiere que un hombre

Universidad Internacional de Andalucía

ha dado la vuelta al mundo pasando por el mar de las cinco mil islas. ¿Es verdadero este viaje? Yo no lo sé; pero lo importante es que sea posible, puesto que la tierra es redonda. ¿Es este mar de las Indias en el que ha hecho descubrimientos vuesa merced, y al que quiere volver? Esto sería cuando menos atrevido, si no peligroso, de no obtener cartas patentes y concesiones del rey de Portugal...

—¿No dije ya, Padre, que Dios ha cerrado los ojos, los oídos y todos los sentidos a ese rey? Mis islas sólo Dios y yo sabemos dónde están. Yo arrostraré todos los peligros para descubrir las tierras que el mundo encierra en su seno; islas cuya existencia conozco, fértiles y ricas en oro, plata, perlas preciosas y con una población considerable...

—No queda más camino que el del oeste, pues el del sur está reservado a los portugueses. Este es el camino por el que vuesa merced encontrará Antilia y su Archipiélago y, si sigue adelante, Cipango, el reino del Gran Khan y las demás tierras que visitó Marco Polo.

Colón no respondió. Hablaba siempre con entusiamo de su islas; pero guardaba silencio acerca de la situación geográfica.

El Padre Antonio le objetaba con las dificultades que encontraría para llevar su empresa

Universidad Internacional de Andalucía

a feliz término, y no era ciertamente que le quisiera desanimar, sino, por el contrario, prevenirle contra las primeras decepciones ciertas que le esperaban, y hacer que se preocupase de asegurar la protección de personajes poderosos en la Corte. ¡Cómo suponer, en efecto, que le bastaría con ver a la reina para obtener de ella los navíos, tripulantes y la suma de dinero exigida por una empresa como la suya!

La guerra contra los moros es la única preocupación de los Reyes Católicos; no tendrán reposo hasta después de haber conquistado el reino de Granada y de expulsar a los infieles del suelo de España. Llevan esta cruzada en las peores condiciones: el tesoro real es pobre; el orden interior, no está aun establecido; los aventureros, aterrorizan y saquean los campos; grandes señores, más poderosos por sus casas y más ricos que los soberanos, conspiran o están en franca rebelión. Tal vez nunca la obra de liberación y de reconstrucción de España se ha visto tan amenazada como en esta época en que sin tales calamidades se podría entrever un próximo fin. Pero tampoco nunca un genio comparable al de la reina Isabel ha reinado sobre la España cristiana. Con ayuda del tiempo y la de Dios, dará cuenta de todo: de los nobles turbulentos, de las bandas armadas de ladrones

Universidad Internacional de Andalucía

y de los moros. Ella y su consorte dirigen la guerra y se alejan raras veces del terreno de las operaciones. La Corte es un campamento que continuamente se traslada de uno a otro sitio. En diciembre, estaba en Sevilla; allí fué llamado por la reina el prior Juan Pérez. El podría, sin duda, obtener una audiencia para Cristóbal Colón. ¿Pero estará en Sevilla aun en enero de 1485? Ha corrido el rumor de que el Ejército católico no debe tardar en volver a emprender su marcha conquistadora e ir a poner sitio a una plaza fuerte del reino musulmán. En este caso será imposible acercarse a la reina, de no haber sido llamado por ella para asuntos urgentes y graves de Gobierno.

—Marcharé mañana —dice Colón—. ¡Dios quiera que esté aun en Sevilla! Tengo cartas de presentación para Juanoto Berardi, banquero y armador florentino, establecido allí.

—Es un hombre muy rico, y de consiguiente, muy poderoso. El Padre Juan Pérez, para cual yo daré a vuesa merced una carta, puede recomendarle al duque de Medinaceli. ¡Ah! Al lado de este gran señor, nuestra serenísima reina Isabel es una señora muy pobre, si la riqueza consiste en poseer palacios, navíos, arcas llenas de joyas y de monedas de oro. El duque estaría en condiciones de pagar sin la menor di-

Universidad Internacional de Andalucía

ficultad los gastos de una expedición de magnificiencia superior a los sueños de vuesa merced. La reina no tiene recursos. Pero por encima de todos, por encima de Juanoto Berardi, de Medinaceli y de Medina-Sidonia, que es no menos rico, por encima de la reina de Castilla y del rey de Aragón, en lo que concierne a la fortuna y al poder, están los judíos.

—¿Los judíos?

—Los cristianos nuevos, los *marranos*, si vuesa merced lo prefiere así. ¡En cuántos de ellos es sincera la conversión! ¿Se sabe algo cierto tratándose de esta gente?... La verdad es que muchos de ellos practican en secreto los ritos de la fe judaica. Son los dueños del reino de Aragón. El rey D. Fernando no puede hacer nada sin contar con ellos. Le tienen sujeto por el dinero que le prestan, y se ha visto obligado a confiarles los más altos cargos del Estado. Desde Aragón se han diseminado por León y Castilla, en donde la reina, a pesar de su repugnancia, ha tenido que hacer componendas con ellos en espera..., ¿de qué..., en espera de ser soberana señora de su tierra, de la nuestra... Hay el *marrano* Luis de Santángel, seguramente de conversión poco sincera, ha sido perseguido por el Tribunal de la Inquisición y ha escapado porque es más fuerte que ella; es

Universidad Internacional de Andalucía

miembro del Consejo real, tesorero de la Santa Hermandad, escribano de raciones del reino de Aragón. Hay los *marranos* Juan Cabrero, consejero íntimo del rey, Juan de Coloma, secretario suyo, y Grabriel Sánchez, su tesorero general. ¡Y otros..., y otros muchos! Santángel, por si es lo bastante rico para pagar los gastos de una expedición a los reinos del Preste Juan y del Gran Khan, y del descubrimiento de las cinco mil islas del mar de las Indias!

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO II

Los orígenes de Cristóbal Colón, su residencia en Portugal, su pretendido viaje más allá de Thule y su proyecto de descubrir islas

Todo cuanto Cristóbal Colón acababa de contar al Padre Antonio de Marchena sobre su ilustre familia, sus ascendientes, el cónsul *Colonius* y los señores de Cuccaro, sus deudos los dos almirantes, sus propias empresas, su mando de una galera del rey Renato, su ciencia enciclopédica, sus viajes por todos los mares conocidos, comenzados a la edad de catorce años, las islas que pretendía haber descubierto, todo era falso. El mismo día que desembarcó en España había enriquecido con nuevos hecho fabulosos una leyenda ya abocetada en Portugal. No obstante, esto es aun poco para lo que escribirá y dirá en el transcurso de los

Universidad Internacional de Andalucía

acontecimientos, cuando, impulsado por una imaginación magnificamente dotada para la poesía, pero atormentada y descarriada por un orgullo insatisfecho, tomará el título de embajador de Dios, interpretará la Biblia para justificar sus ensueños y sus cálculos e intentará hacer a Jesucristo cómplice de sus errores históricos, geográficos y religiosos. La leyenda será ampliada por sus dos primeros historiadores: su hijo Fernando y su amigo Las Casas. Otros le harán nuevas ediciones; el edificio será acabado hacia la mitad del siglo XIX; la historia de Cristóbal Colón llegará a ser la más extraordinaria y acabada de las mistificaciones históricas. No le faltará nada, ni aun la aureola de santidad. Una campaña formidable, sin ejemplo, en los Anales de la Iglesia se llevará a cabo en todos los países católicos del mundo durante más de cincuenta años para obtener su canonización. Roma resistirá al empuje entusiástico de millones de católicos que han tomado las leyendas románticas por la historia verdadera y ni siquiera han leído los textos de Colón que las echan a tierra. Roma ha dado la razón, con su negativa, a los historiadores y a los críticos que han restablecido la verdad.

El cuidado que Cristóbal Colón había tomado para despistar a sus contemporáneos, las

Universidad Internacional de Andalucía

fábulas y las mentiras inventadas a continuación durante tres siglos y medio, sea para exaltarle, sea para utilizar su leyenda en una obra sistemática, denigratoria del pueblo español, de los Reyes Católicos y de la Iglesia—y los católicos del siglo XIX ni siquiera han comprendido que ésta era el fin de lo que ellos creían historia verdadera—hacía dificultosa la tarea de reconstrucción. Muchos puntos quedan obscuros aun, sobre todo en lo que concierne a los orígenes y a la juventud del Descubridor.

Es extraño que tratándose de un hombre ilustre cuya vida ha sido escrita por un hijo suyo y por un amigo con una porción de documentos y notas dejadas por él, tengamos que plantear estas cuestiones: ¿En dónde nació? ¿En qué año? ¿Quiénes fueron sus padres? Sea cual sea la contestación, hay objeciones que hacerle. Colón no ha dicho nunca su edad a nadie, ni aun a su hijo, o si éste la ha sabido ha guardado acerca de ella el mismo silencio. Se ha tratado de deducir la fecha de su nacimiento por comparación entre documentos en las que habla de sus años de navegación y del tiempo pasado al servicio de los Reyes Católicos. Pero esto sólo da contradiciones. Siempre se jactó el almirante de noble origen. Se declaró ligur, pero sin precisar en qué ciudad o pueblo de la repú-

Universidad Internacional de Andalucía

blica de Génova vió la luz. Una sola vez, en el testamento en que instituye un mayorazgo, ha escrito: «En Génova nací.» Pero otras frases del mismo documento autorizan para creer que en ello hay una nueva precaución—digamos más, una superchería—, para asegurar la ejecución de su voluntad. Desde luego, los dos apologistas no tienen para nada en cuenta esta afirmación. Fernando Colón enumera las localidades de la república que se disputan el honor de haber visto nacer a su padre, no se decide por ninguna y concluye diciendo que el almirante ha querido que su procedencia quedase incógnita.

Ante un misterio semejante, evidentemente voluntario y concertado, se ha hecho la siguiente pregunta: ¿El orgulloso Colón, no ocultaría otra cosa a más de su humilde origen? ¿No habría sido en su juventud un aventurero en el peor sentido de la palabra?

Se ha pretendido también que Colón, con aspiraciones de gran almirante de Castilla, quiso esconder su origen gallego en una época en que Galicia estaba en rebeldía y acababa de sostener la candidatura al trono de la Beltraneja, rival de doña Isabel. Las tesis de que Colón era gallego, nacido en Pontevedra o hijo de padres gallegos emigrados a Liguria, ha sido

Universidad Internacional de Andalucía

brillantemente sostenida con argumentos que no son de despreciar. ¿Y por qué no habría de ser Colón aragonés e hijo de judíos conversos? Sería enojoso, y en suma, de muy mediano interés, el desarrollar y discutir estas hipótesis y otras que se han emitido, como la del origen extremeño, catalán, castellano, etc. Limitémonos a advetir que si Colón consiguió hacer aceptar sus proyectos y sus pretensiones exorbitantes en un asunto en que la razón y el sentido común decían que debía fracasar, lo debió principalmente al apoyo de los grandes judíos aragoneses. Por lo demás, su origen judío se deduce más claramente de su temperamento y de su carácter que de los documentos históricos que conocemos.

No hay nada en él, hasta su nombre, que no haya contribuído a cubrir su cuna de tinieblas. ¿Por qué se hacía llamar y ha firmado siempre *Colón*? Por comodidad de pronunciación y para castellanizar su nombre itiliano, ha dicho uno de sus primeros biógrafos, y los otros no han hecho sino repetir esta explicación. Mas para los españoles *Colombo* es tan fácil de pronunciar como *Colón*, y la desinencia *ombo* es tan castellana como la de *on*. En su largo testamento de 1498, en el que su padre Domenico Colombo, que aun vivía, no es ni siquiera nom-

Universidad Internacional de Andalucía

brado, pide que si la descendencia directa de los Colón se extinguiese, se busque en otros países a personas que lleven su nombre—¡su nombre de *Colón!* Se hubiesen encontrado en gran número en Galicia y Aragón, y tal vez en Portugal; pero ni uno solo en la república de Génova.

Sin embargo, es preciso admitir el origen ligur y el nacimiento en génova. Lo más cómodo es creer que los documentos, tan precisos e impresionantes por su concordancia, que han sido descubiertos en los antiguos archivos notariales de Génova y Saboya, conciernen a nuestro héroe y a su familia y que el almirante nació en septiembre o octubre de 1451, en Génova, de Domenico Colómbo, tejedor y tabernero, y dc Susana Fontanarossa, su esposa legítima. Nosotros lo decimos sin ironía, como un ilustre sabio ha dicho que en el estado actual de la ciencia astronómica es cómodo y necesario creer en la existencia del éter, pero que podemos suponer que con el progreso de esta ciencia el éter cesará de ser indispensable y será reemplazado por otra teoría que explique mejor y de una manera más sencilla los fenómenos que conciernen a esta materia.

Pasó Colón la infancia y la adolescencia en la casa natal, en Génova, y después en Savona

Universidad Internacional de Andalucía

aprendió y ejerció el oficio paterno. Aun estaba allí a los veintidós años, en 1473, época en que la leyenda creada por él le hace comandante de una galera del rey Renato. Con mucha más razón resulta imposible que hiciera en 1459 una campaña naval con Colombo el Joven, uno de los dos almirates de quienes pretende ser pariente, y que no era genovés sino griego. Entonces Colón tenía nueve años.

Es muy posible que el joven tejedor hiciera algunos viajes por el Mediterráneo, pero como comerciante, y no en calidad de marino. Es verosímil que haya tomado parte en una o varias expediciones de las organizadas por los grandes armadores genoveses a las islas del Archipiélago, y todo hace creer que visitó a Chio en 1475. Pero hasta el año siguiente la historia de su vida no sale del dominio de la suposición y la leyenda. Las circunstancias de su llegada a Lisboa son embrolladas por su amigo Las Casas y su hijo Fernando que debían haber estado documentados por él mismo, y si se ha podido restablecer la verdad ha sido por la concordancia de los hechos con un episodio de la historia universal.

En 1476, cuatro galeras genovesas pertenecientes a los armadores ligures Giorge-Antonio di Negro y Nicola Spinola, se dieron a la vela

Universidad Internacional de Andalucía

en el puerto de Génova con un cargamento de mercancías diversas destinadas a Inglaterra. En esa época los grades comerciantes tomaban pasaje a bordo de los navíos que transportaban sus mercancías al Extranjero, y ellos mismos procéían a la venta en los puertos de desembarco. Los pequeños productores y exportadores se entendían con alguno de los que hacían el viaje para confiarle sus intereses y los cuidados de la venta. En esta calidad se embarcó el tejedor Cristóbal Colón en una de las galeras mercantes de la Compañía Di Negro-Spinola para ir a vender artículos de lana en Inglaterra. Cerca del cabo de San Vicente, los navíos fueron atacados por una flota franco-portuguesa que mandaba un almirante francés. Se entabló un verdadero combate naval, pues entonces no existía una gran diferencia entre los navíos de guerra y los mercantes, y estos últimos, cuando hacían expediciones a tierras lejanas, iban armados y equipados, en previsión de defensa contra los piratas y corsarios que infestaban los mares. Dos de las galeras genovesas, en una de las cuales se encontraba Colón, fueron echadas a pique. Casi todos los marineros y pasajeros perecieron. Colón, herido, fué uno de los que consiguió escapar del naufragio y ganar la orilla. El almirante que acababa de precipitar en

Universidad Internacional de Andalucía

el fondo del Océano a tantos marinos y mercaderes genoveses, con sus riquezas, y de poner en peligro la vida de Cristóbal Colón era el gascón Guillermo de Casenove, llamado Coullón, y en Italia, Colombo, ¡uno de los dos almirantes de quienes el mismo Cristóbal Colón se decía pariente y a cuyas órdenes pretendía haber servido!

Habiendo llegado a tierra, dicen Las Casas y Fernando Colón, y habiendo encontrado asilo en un lugar vecino, se curó de los dolores reumáticos que había contraído en las piernas a causa de la humedad del mar y de las fatigas y también sanó de algunas heridas que recibió durante la batalla. Se dirigió a Lisboa, donde sabía que había muchos genoveses. Fué acogido por compatriotas que le conocían, y fué tratado con tanta afabilidad y cortesía que se estableció en esta ciudad.

A fines del mismo año 1476, Colón hizo un viaje a Inglaterra, a bordo de una de los navíos genoveses que habían tomado parte en el combate naval del cabo de San Vicente y que se habían refugiado en Lisboa. En aquel país, dice que vió un gran número de cosas notables: hombres venidos de Cathay, y «particularmente en Galway; en Irlanda, vimos arribar a un hombre y a una mujer de una belleza maravillosa que se sostenían en el agua asidos

Universidad Internacional de Andalucía

a unas tablas» y que venían del Occidente. ¡Cathay..., las tierras asiáticas, visitadas por Marco Polo..., las islas fabulosas del Poniente, que llenaban ya su imaginación!

Este viaje del joven comerciante a Inglaterra es muy probable. ¿Pero qué decir de lo que sigue? Colón se alaba de haber ido a la Islandia —la isla de Tile, la última Thule—y de haber continuado su camino—¡en una galera con mercancías para vender!—, hasta cien leguas al Norte. ¡Había avanzado mucho más allá de la isla de Juan-Mayen!

El viaje a Thule y a climas distantes fué inventado por Colón en el período de su vida en que buscaba en las obras de la antigüedad pagana, en la Biblia y en los escritos de los Padres de la Iglesia, citas que, interpretadas por él, profetizasen la misión que pretendía tener de enviado de Dios. Un día se le dieron a conocer los famosos versos de la *Medea* de Séneca en un texto defectuoso en que el nombre de Tethys (el mar) estaba reemplazado por el de Tiphys (el piloto de Jasón):

Venient annis, saecula seris,
Quibus Oceanus vincula serum
Laxet et ingens pateat tellus
TIPHYS *que novos detegot orbes*
Neesit terris ultima Thule.

Universidad Internacional de Andalucía

Colón, solicitando este texto, tradujo:

«Vernán los tardos años del mundo, ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamientos de las cosas, y se abrirá una gran tierra, y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jasón, que hobo nombre Tiphi, descobrirá nuevo mundo, y entonces non será la isla Tille la postrera de las tierras.»

Esto basta. Las Casas se encarga del comentario.

«¿Qué más claro puede decir Séneca del descubrimiento destas Indias? Y diciendo: «Tiphis descubrirá nuevos mundos», da a entender *automatice*, o por excelencia, la dignidad y especialidad de la sabiduría y gracia que Dios había de infundir para ello en Cristóbal Colón, como si dijera el excelente y señalado marinero y no otro tal, como el inventor de señalada y admirable novedad en cosas pertenecientes al navegar, como lo fué aquel Tiphis, descubrirá nuevos mundos, etc. Bien fué cierto excelente marinero inventor nuevo de mares y grandes cosas, pues fué solo cuando a esto en nuestros tiempos, y a él solo eligió Dios y no a otro para que estos orbes nuevos descubriese...»

* * *

Universidad Internacional de Andalucía

Tras una corta estancia en algunos puertos ingleses, el navío genovés tomó el camino de vuelta al Mediterráneo, y desembarcó a Colón en Lisboa.

Dicen sus dos primeros historiadores que algún tiempo después de aquello, como era de un carácter amable, bella presencia y maneras distinguidas, sin que por otra parte se apartase jamás de lo que era honesto, sucedió que una joven llamada Felipa Moniz, de noble sangre y pupila, del monasterio de Santos donde él acostumbraba a oír misa, se fijó en él, tuvo ocasión de hablarle y concibió por su persona tal afecto, que finalmente le concedió la mano. Esta historia de amor no duró mucho más de un año; Felipa murió poco después del nacimiento de su hijo Diego, y fué enterrada en la capilla de la Piedad del convento del Carmelo, en Lisboa.

Después de su matrimonio, y a la edad de veintisiete años, el tejedor y comerciante se apasionó por el arte de la navegación y concibió el proyecto de descubrir tierras en las regiones occidentales del Atlántico. La leyenda creada por Las Casas y Fernando Colón pretende que esta vocación le vino por la frecuentación de los parientes y amigos de su mujer, y, sobre todo, por el estudio de los papeles y de las

Universidad Internacional de Andalucía

cartas dejadas por su difunto suegro, que había sido gran navegante y cosmógrafo, y uno de los descubridores de Porto Santo. De todas estas cosas, según ellos, trae su primer origen el descubrimiento del Nuevo Mundo. Después de los referidos estudios, sus reflexiones convencieron a Colón de que al Occidente de las Islas Canarias y de Cabo Verde había muchas tierras y de que era posible ir a ellas. La verdad es muy diferente.

Felipa era hija de Bartolomé Perestrello y de Isabel Moniz, de una familia noble del Algarbe, y, según costumbre portuguesa, tomó el nombre de su madre, que era de casa más ilustre que su padre. Perestrello, que en su juventud sirvió al Infante D. Enrique, tomó parte, no en el descubrimiento, sino en la primera tentativa de colonización de Porto Santo, que fracasó (1418-1420). Vuelto a Lisboa, en donde se estableció y en donde permaneció más de veinte años, fué nombrado, en 1446, capitán donatario de la isla, a título hereditario, función que corresponde a la de gobernador y en la que tuvo por sucesor a uno de sus yernos. Debió tal merced a la protección del poderosísimo arzobispo de Lisboa Pedro de Noronha, amante de las dos hermanas Perestrello de las que había tenido varios hijos que se atrevió a legitimar. Con tal amor

Universidad Internacional de Andalucía

de familia, aquel prelado licencioso se creía en cierto modo obligado a procurar mercedes en beneficio del que era doblemente su cuñado.

Bartolomé Perestrello nada tenía de navegante ni de cosmógrafo, ni de descubridor, ni podía dejar papeles que contuviesen revelaciones, ni otras cartas marinas que las que se hallaban en el comercio. Por lo demás, para saber que existían tierras por descubrir en las partes inexploradas del occidente del mar Océano, no hacía falta ser heredero de los archivos de un gran navegante. Estas eran verdades mezcladas de leyendas que circulaban por todas las ciudades y pueblos de la costa oceánica en España y Portugal. La tradición, que venía de Grecia, se remontaba a la antigüedad y tenía por punto de partida los viajes de los fenicios que verosímilmente habían franqueado las columnas de Hércules; habían visitado las tierras que la imaginación popular llamó Afortunadas, último asilo de Saturno, y por último, habían hecho el periplo del Africa y doblado el cabo de Buena Esperanza. Los místicos y poetas de la Edad Media, a su vez, convirtieron las mismas islas en refugio de los santos perseguidos que en ellas encontraban paz y ventura. Hasta hubo cartógrafos que situaron en ellas el Paraíso Terrenal.

Universidad Internacional de Andalucía

Entróse después en el camino del descubrimiento de estas islas y de la tierra firme del Africa. Desde la altura del promontorio de Sagres, a donde atrajo, además de sus compatriotas, a navegantes italianos y españoles, el infante portugués D. Enrique organizó y dirigió el movimiento hacia las riberas africanas. Los primeros resultados de esta empresa, metódicamente concebida y madurada, suscintaron desde mediados del siglo xv un entusiasmo del que participaron todos los pueblos portugueses de la costa del Océano. Hubo en ellos una verdadera fiebre de descubrimientos, como ha habido en otras épocas y en otros países, fiebre por el oro y los diamantes. La comparación no es sin embargo enteramente justa; aun cuando en verdad, muchos capitanes, aventureros y, sobre todo hombres de negocios, no querían descubrir tierras sino para encontrar oro, piedras preciosas y especias; el movimiento esencial y el pensamiento que presidía los viajes era de un orden mucho más elevado, que empareja este entusiasmo con el que suscitaban las Cruzadas. D. Enrique resume, en su genio, todas las aspiraciones materiales y religiosas, individuales y nacionales, las coordina todas sin sacrificar ninguna, y logra una poderosa armonía, porque es al mismo tiempo sabio y gran

Universidad Internacional de Andalucía

cristiano, hombre de acción y hombre de ensueño, lúcido calculador y príncipe ¡Es la síntesis viviente de su pueblo, el animador que se esperaba! Su objeto no era, como pretende la historia oficial, llegar a las Indias por la vía marítima del Sur y del Este para conquistar riquezas y territorios, sino el de llegar al reino del Preste Juan—que se ve entonces comprendido en unas Indias vagas, inmensas y misteriosas—. Una vez en ese reino, haría alianza con su soberano para valerse de las armas y de los tesoros sacados de las tierras nuevas, a fin de reconquistar el Santo Sepulcro y librar al mundo entero del peligro musulmán. Su proyecto no era tan quimérico como podría suponerse. Aquel reino existía; existe aun, y le llamamos Etiopía. En cuanto al fabuloso Preste Juan, su soberano, cuya fama llenó más de tres siglos, si es un mito lo es a la manera de Faraón que ha sido durante mucho tiempo el nombre empleado para designar a un rey de Egipto, siendo en realidad el nombre de la realeza.

Cuando en 1477 Cristóbal Colón tornó a Lisboa y se instaló y se casó allí, D. Enrique había muerto hacía diez y siete años, pero su su obra no se había interrumpido. La epopeya proseguía, y la fiebre de los descubrimientos

Universidad Internacional de Andalucía

había llegado a su más alto grado. El hijo del humilde tejedor genovés que tiene un alma de poeta—de gran poeta—y de aventurero, se exalta en esta atmósfera, y no tarda en llegar un día en que exclama: «¡Yo también descubriré islas».

En el transcurso de sus viajes en navíos mercantes ha adquirido algunas nociones del arte de marear. Sabe lo bastante para alistarse en calidad de marino a bordo de uno de los navíos portugueses que exploran la costa africana y avanzan hacia el Sur para continuar el descubrimiento del continente y la ruta hacia las Indias del Preste Juan. Pero él no puede resignarse a servir como subalterno ni aun con un grado a que no puede todavía aspirar, bajo las órdenes de un jefe que obtendrá la parte mayor de los beneficios y toda gloria de la empresa, en la que él no será sino un héroe anónimo y pobre. Tiene todas las ambiciones. Quiere oro, mucho oro, y quiere la gloria. Sin tener los dones innatos, ni la competencia adquirida—que jamás alcanzará—con que se distinguían los caudillos, señores absolutos, bienhechores, a quienes siguen legiones de adictos, dichosos de ser sus serviores, quiere imponerse, mandar y no tener nadie por jefe. No pudiendo ceñir una corona y llevar el título de rey, quiere con-

Universidad Internacional de Andalucía

quistar un reino de hecho, y haciéndolo hereditario, crear una dinastía. En la atmósfera de Lisboa se desarrollan estas ambiciones desmesuradas. A su servicio va a poner la imaginación más brillante, pero también la más desordenada; una de esas imaginaciones que pueden llevar a la razón humana al borde de un precipicio que el Descubridor no evitará; y también un don más intelectual que sensual de seducción una voluntad inquebrantable, tanto para el bien como para el mal, la truhanería de un hombre de negocios implacable, el genio de la mentira, del disimulo y de lo que modernamente llamamos el *bluff*. Con todas estas cualidades, Cristóbal Colón, es tal vez el personaje más complejo y más difícil de comprender de la historia del mundo.

En Lisboa se encontró con su hermano menor, Bartolomé, que había abandonado el hogar paterno antes que Cristóbal y que aficionándose primero al oficio de marino, terminó por entregarse al de cartógrafo, entonces muy lucrativo. Colón se instruyó a su lado, aprendió a hacer copias de cartas para los mareantes, y con ello consiguió medios de vida hasta el día de su matrimonio.

Felipa Moniz aportó algunos bienes, que aseguraban su existencia para lo sucesivo; podía,

Universidad Internacional de Andalucía

pues, entregarse a sus sueños y prepararse a transformarlos en actos.

Hizo varios viajes marítimos, tal vez hasta Guinea, y seguramente a Porto Santo, en donde era gobernador su cuñado Pedro Correa. Allí fué donde el azar le puso en presencia del piloto Alonso Sánchez, moribundo en la playa, al que dió hospitalidad, y de quien supo la existencia real de Antilia, de donde volvía el náufrago. Esto fué un rayo de luz. Desde entonces Colón tiene un fin, una idea fija: descubrir Atilia, su archipiélago y otras tierras en los parajes occidentales del mar Océano. Pero en seguida interviene el orgullo y el espíritu de simulación: no quiere que pueda decirse que ha seguido las huellas de otros, ni que en vez de descubrir no ha hecho sino volver a encontrar. Irá, pues, a Antilia, sin pronunciar el nombre de Sánchez, sin decir que quiere renovar la empresa que otros intentaron. De aquí vienen los términos vagos que empleará cuando presente sus proyectos a las cortes de Portugal y de Castilla, y cuando los desarrolle ante las comisiones de sabios. Lo que hay de sorprendente en su historia no es el que haya empleado tanto tiempo en convencer a su Gobireno, sino más bien que lo haya conseguido, manteniéndose en en esta impresión y obstinándose en exigir pri-

Universidad Internacional de Andalucía

vilegios inauditos. Su éxito en Castilla en circunstancias que, a mayor abundamiento, eran desfavorables, sólo puede explicarse por un poder de persuasión poco común; pero este poder, como veremos, no se impone a los hombres del oficio, ni aun a los más humildes.

Comenzó fracasando, por las razones expuestas, con el rey de Portugal y poco después se dirige a España. ¿Su marcha de Lisboa no tuvo tal vez otra causa? Este es uno de los misterios de la vida de Colón, que tal vez nunca serán puestos en claro; pero existe un documento que autoriza las más desfarovables suposiciones, pues acusa de algo, que aun siendo indeterminado, no deja lugar a dudas.

En los comienzos de 1488, descorazonado por la falta de éxito de sus primeras gestiones con doña Isabel la Católica, piensa en volver a Portugal, renovar sus ofrecimientos al rey, y le escribe para solicitar un salvoconducto. Sin embargo, el paso de un país a otro era libre; nadie necesitaba pasaporte, y con menos motivo un salvoconducto, a menos de correr el riesgo de ser aprisionado por un delito o un crimen en cuanto se pasase la frontera. La respuesta del rey que quería volver a ver a Colón, porque le creía capaz de hacer descubrimientos, es un documento muy curioso. Tras prometerle hacer

Universidad Internacional de Andalucía

todo lo posible para complacerle, añade:

«Y como podríais tener algún temor a nuestra justicia, en razón de ciertas cosas que os obligan con ella, por la presente cédula, Nos os garantizamos que por vuestra venida, estancia y regreso no seréis arrestado, detenido, acusado, citado ni perseguido, por niguna causa, ni civil, ni criminal, de ninguna naturaleza que sea. Y por la misma cédula Nos ordenamos a todos nuestros tribunales que se atengan a ello. En consecuencia, os rogamos y recomendamos vengáis inmediatamente, sin temor alguno a este respecto. Nos os lo reconoceremos y lo tendremos por un gran servicio.—Dado en Avís, el 20 de marzo de 1488.—*El Rey*.»

El hombre a quien un rey dirige semejante salvoconducto, estaba perseguido por un crimen o por una simple delito? Es imposible no plantear esta cuestión. Pero el documento muestra de una manera cierta que el espíritu del rey Juan II de Portugal no había permanecido insensible al poder de seducción del futuro almirante.

* * *

Universidad Internacional de Andalucía

En todo caso, lo cierto es que Colón se vió obligado de pronto a salir de Portugal lo más secretamente que pudo, según Las Casas; pero no como afirma, por temor a que el rey le retuviese para obtener de él indicaciones precisas acerca de la posición de las islas. Fué una verdadera huída que no pudo tener otros motivos que aquellos a que hace alusión el salvoconducto real.

Desde el fracaso de sus tentativas con el rey de Portugal, había decidido ofrecer sus servicios al rey de Inglaterra y después de no ser aceptados, al rey de Francia. Estas nuevas gestiones debían ser hechas por su hermano Bartolomé, mientras Cristóbal continuaba sus estudios en Lisboa. La instrucción de Cristóbal era rudimentaria y nunca dejará de serlo. Bartolomé era, por el contrario, un hombre instruído que conocía el latín, todavía ignorado por su hermano, y un cartógrafo y cosmógrafo de talento. Cristóbal había ejercido sobre él su don de persuasión y le había comunicado su entusiasmo, y jugando con varias cartas a la vez, le pidió que partiese para Inglaterra y Francia, mientras él iba a España.

Bartolomé, sin embargo, diferirá la partida. Acaba de alistarse en la marina portuguesa. Formó parte de la tripulación de las tres cara-

Universidad Internacional de Andalucía

belas de Bartolomé Díaz, que volvieron a Lisboa en diciembre de 1487, después de haber descubierto el cabo de Buena Esperanza.

Poco después se embarcó para Inglaterra.

Todo lo que se sabe de su estancia en Londres, es que hizo algunas confidencias a Enrique VII; obtuvo una audiencia, le presentó un mapa mundi de que era autor y que el rey declinó sus ofrecimientos.

Pasó tres años en Londres, viviendo de su oficio de cartógrafo. En 1491, le hallamos en Francia, al servicio de Ana de Beaujeu, hija mayor de Luis XI, que había regentado el reino durante los ochos años anteriores. Valiéndose de esta protección, multiplicaba las gestiones para que se aceptasen las proposiciones de su hermano por el joven rey Carlos VIII, cuando supo en 1493 que la gran empresa estaba realizada. Cristóbal, de quien no tenía noticias desde hacía varios años, acababa de descubrir el archipiélago de Antilia.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO III

Los sinsabores y el éxito del hombre dominado por una idea fija

—Conozco a la mujer de Molyarte, cuñada de vuesa merced—dijo el Padre Antonio a Colón—. Es una excelente persona, muy devota de la Virgen de la Rábida, a cuyos pies la he visto arrodillada muchas veces. En su casa Diego recibirá buenos ejemplos. ¿Pero no teme vuesa merced que este niño sea para ella una carga demasiado pesada? Va a dejárselo tal vez por algunos años, pues ¡quién sabe el tiempo que tardará vuesa merced en llegar hasta la reina! Y si acoge favorablemente la demanda, ¡cuánto tiempo será necesario para que las proposiciones sean examinadas por sus consejeros y cosmógrafos? En fin, si se consigue, vendrá la partida para la lejana aventura, de la que vol-

Universidad Internacional de Andalucía

verá vuesa merced. Dios sabe cuándo. Entre tanto, será preciso atender a la educación de Diego, que tiene las mejores disposiciones del mundo. Sería una pena dejarle crecer como hierba silvestre. El niño es inteligente. No deberá quedarse con la cuñada y su marido, hombre de escasísimo caudal y muy hostigado de dificultades. Nosotros cuidaremos del niñico. Yo le educaré en el jardín y en esta celda. Le enseñaré la cosmografía y el latín...

—¡Cómo, Padre mío! Tendrá tales bondades para un desconocido...

—No hay tal desconocido. Y nosotros queremos ya tanto a este niño que recibiremos la mayor alegría si se nos confía su guarda.

—No encuentro palabras para agradecer tanta generosidad.

—Dé vuesa merced gracias a Dios y a la memoria de Alonso Sánchez, que le trajeron a este convento. Vuesa merced tendrá más fortuna que aquel pobre piloto...

Colón hizo un movimiento de impaciencia, que no escapó al Padre Marchena.

—Sí, sí—continuó éste sonriendo—; vuesa merced irá al descubrimiento de Antilia, aunque no quiera convenir en ello, y al de otras islas, también. Ya comprendo que sus propósitos son secretos...

Universidad Internacional de Andalucía

—En Lisboa han querido robarme mi idea y por eso dejé aquel país.

—Tiene razón vuesa merced para ser discreto. Sin embargo, preciso será confiar la idea a algunas personas para que intercedan en su favor. El mejor medio, el único de obtener el apoyo de nuestro prior que goza de alguna influencia en la Corte, y al que yo hablaré del proyecto, si como lo temo no le encuentra vuesa merced en Sevilla, será el de revelarle el plan francamente, por entero, pues él cree en Antilia como vuesa merced y como yo, y no quisiera que la inscripción: *Questo he mar de Spagna* sea reemplazada por otra en el mapa.

Colón duda un corto instante; después termina las confidencias que había hecho los días precedentes, y, por primera vez, deja escapar estas palabras:

—Sí; Antilia es una de las islas que yo quiero descubrir; ella es el término principal del gran viaje que quiero emprender.

Pues en sentir del historiador Oviedo, el Padre Marchena fué la única persona de este mundo a quien Colón descubrió sus secretos, y aun se dijo que de él y de su ciencia tuvo mucha ayuda y cooperación, porque aquel religioso era un gran cosmógrafo. Y otros historiadores han confirmado la importancia decisiva

Universidad Internacional de Andalucía

de las conversaciones de la Rábida, en la pequeña biblioteca de los frailes sabios en la ciencia náutica.

* * *

Cristóbal Colón llegó a Sevilla a fines de enero. Los Reyes Católicos habían partido de ella algunos días antes, el 20, ponen cerco a Loja, y el Padre Juan Pérez estaba ya en la Rábida. Colón se presentó en casa de Juanoto Berardi, al cual venía recomendado por uno de sus compatriotas de Lisboa. El banquero, que más tarde fué uno de los que prestaron fondos al descubridor, le escuchó con benevolencia, le hizo las mismas observaciones que el Padre Marchena y le presentó a D. Enrique de Guzmán, segundo duque de Medina Sidonia, propietario de inmensos dominios en Andalucía y del puerto de Sanlúcar de Barrameda. Era un hombre valiente, generoso y patriota. Acudió en ayuda de la reina en ocasión del sitio de Málaga y otras muchas veces en que el Tesoro real no podía hacer frente a todas las necesidades de la administración y de la guerra. Pero estimaba que ni los fondos del Estado ni los de los suyos pro-

Universidad Internacional de Andalucía

pios debían ser empleados en exploraciones marítimas importantes en tanto que España entera no estuviese libertada del yugo de los musulmanes. Se limitó a hacer entregar un socorro a Colón.

El otro rico y gran señor de que le habían hablado en la Rábida, residía en Sevilla, era don Luis de la Cerda, quinto conde de Medinaceli, primer duque de este título, señor de Puerto de Santa María y de Cogolludo, conde de Clermont y de Talmont en Francia, descendiente del rey Alfonso el Sabio. Este le acogió mejor. Desde la primera conversación, el fastuoso aristócrata que hubiera podido aspirar, no sin razón, a la Corona de Castilla, con el derecho legítimo que le confería la herencia, se interesó por el pobre extranjero errante, que ante él, no se atrevió a envanecerse de un origen glorioso como había hecho en la Rábida. Le prometió examinar atentamente sus proposiciones, y, entre tanto, le ofreció hospitalidad en su palacio. Colón pasó, en distintas etapas, cerca de dos años en casa del duque de Medinaceli.

Conviene rechazar aquí, sin más tardar, las afirmaciones de una historia mentirosa cuya responsabilidad remonta al mismo Colón. El escribió que, durante siete años, desde 1485 a 1492, sufrió hambre y desnudez; que durante

Universidad Internacional de Andalucía

siete años, nunca en todo ese tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia, que todos no dijesen que la empresa era falsa, y que nunca halló ayuda de nadie, salvo de Fray Antonio de Marchena. Exagerando, el siglo XIX ha hecho de Colón el tipo acabado del héroe romántico superior a su época por la altura de su genio, y a causa de este mismo genio, viviendo en la miseria, incomprendido, mofado, insultado por las turbas. Esta leyenda pretende también que Colón, hombre de ciencia y de progreso, fué perseguido por unos frailes sumergidos en «las tinieblas de la Edad Media» y asustados por sus audacias. La verdad es, que no hubo ni por parte de los religiosos ni por la de los laicos, persecución, ni ruindad, ni hostildad testaruda. Hubo exactamente lo contrario. Sus protectores fueron frailes tan sabios como piadosos, al lado de los cuales él era un pobre ignorante.

Traslademos a nuestra época la historia de Cristóbal Colón excluyendo de ella las aventuras posteriores a sus primeras instancias. Supongamos que un extranjero sin documentos de identidad y sin medios de existencia, llega a un país en el que nadie le conoce y que se establece allí durante el largo período de una guerra nacional complicada con revueltas civiles.

Universidad Internacional de Andalucía

Se dirige a personajes eminentes, y después al jefe del Estado. Ofrece descubrir, por cuenta de este país, lejanas tierras acerca de las que no da ninguna precisión, y afirma al mismo tiempo que ya ha hecho descubrimientos (porque Colón dijo esta mentira). Pide, naturalmente, que se le dé dinero y navíos para la expedición; pero exige, además, que se le confiera, antes de su marcha, e inmediatamente, ¡el grado de almirante! En el caso de un éxito favorable pide, para él y sus herederos, a perpetuidad, títulos, privilegios, ventajas pecuniarias y de otra índole que harán de los nuevos territorios un Estado dentro del Estado. Es casi seguro que el Gobierno dejará sin respuesta la instancia, y absolutamente cierto que las condiciones no serán aceptadas, sobre todo el nombramiento previo de almirante concedido a un extranjero desconocido. Es posible que el Gobierno mande practicar una información por medios de sus agentes consulares en el país de origen de este extranjero. ¡Ah! En ese caso el asunto quedará arreglado sin pérdida de momento: se probará que Cristóbal Colón es un embaucador, será vigilado por la policía, y habrá probabilidades de que la aventura termine con su expulsión.

Para que Colón triunfara se necesitaba la España de fines del siglo xv, aquella España cor-

Universidad Internacional de Andalucía

tés, generosa, ardiente, que en el mismo año que ve consumarse la Reconquista, quiere lanzarse también por el camino de los descubrimentos que engrandecen el mundo. Era preciso que Colón encontrara a los Reyes Católicos, sobre todo a la reina, aquella Isabel que es una de las más nobles figuras de la Historia, genio ponderado de conquistador y de administrador, pero femenina al mismo tiempo, sensible a los encantos de la poesía y con un asomo novelesco. En suma: como dice también Carlos Pereyra (1), España adoptó a Cristóbal Colón en un impulso de generosidad romántica.

En espera de que la nación le adopte y acepte inconsideradamente el ser difamada para que él sea engrandecido, Colón es adoptado y cuidado tiernamente por uno de los patricios de sangre real. El duque de Medinaceli se entusiasma con los proyectos de su huésped, hasta el punto de ofrecerle que hará, por sí solo, todos los gastos de la empresa; es decir, que pondrá a su disposición tres o cuatro carabelas con sus tripulaciones y el dinero necesario. ¡Colón tuvo éxito desde el momento de su segunda gestión, menos de dos meses después de desembarcar en un

(1) Carlos Pereyra: *La Conquista de las Rutas Oceánicas. Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo.*

Universidad Internacional de Andalucía

puerto español! Pero, no; con sus exigencias, el descubridor desanimó la buena voluntad de Medinaceli. El quería ser almirante y virrey, título que un gran vasallo no puede conferir. En tales condiciones, el asunto no puede ser tratado sino con la reina.

A pesar de todo, el duque no despidió a Colón. Continúa albergándole en su palacio, hasta tanto que la reina, a la que escribió recomendándoselo, pueda recibirlo. Este episodio está confirmado por una carta que dirigió al cardenal arzobispo de Toledo, el 14 de marzo de 1493, después del descubrimiento de las Antillas

En esa carta le cuenta cómo había tenido en su casa durante mucho tiempo a Cristóbal Colomo, que venía de Portugal y quería irse al rey de Francia, con el deseo de emprender el descubrimiento de las Indias con su favor y ayuda, y que el duque mismo quiso intentar la empresa y enviarlo desde El Puerto, con tres o cuatro carabelas suyas, bien aparejadas, pues él no pedía más que esto. Pero como vió que negocio tan alto correspondía a la reina, escribió desde Rota a Su Alteza. Ella le respondió que se lo enviara...

Recuerda al cardenal que Su Alteza la reina le había prometido autorizarle a enviar cada año algunas carabelas al país descubierto por

Universidad Internacional de Andalucía

Colón si éste alcanzaba sus fines. Y concluye la carta suplicando al Cardenal que les ayudara en aquello, dando como argumento que por su causa y por haberles tenido en su casa dos años a Colón y haberle dirigido al servicio de los Reyes se había descubierto una tan gran cosa...»

* * *

Al comienzo del año 1486 se sabe que la Corte está en Córdoba. Colón se dirige allá en seguida; había sido precedido en ella por la recomendación de Medinaceli y por una carta del prior de la Rábida al confesor de la reina. Pero no sólo no había dejado a Sevilla definitivamente sino que había establecido, por decirlo así, su domicilio en la casa del duque, a la que volverá hasta en 1492 para hacer estancias bastante largas.

Los Reyes Católicos habían salido de Córdoba la semana anterior; pero como debían volver a ella en muy breve plazo, algunos de los grandes personajes de la Corte se quedaron allí para aguardarlos, entre ellos Hernando de Talavera, prior del monasterio de Nuestra Señora del Prado, confesor de la reina, y Alonso de Quintani-

Universidad Internacional de Andalucía

lla, tesorero de la Corona, al cual la reina había dado instrucciones y transmitido la carta de Medinaceli. Apenas acaba de dejar al duque, Colón encuentra otros protectores; Quintanilla le da albergue mientras espera que el Tesoro atienda a sus necesidades, aunque él se considera al servicio de los Reyes Católicos a partir del 20 de enero de 1486, fecha de su llegada a Córdoba, es decir, aun antes de haberles visto. Véasele, pues, libre de toda necesidad de ganar el pan cotidiano, sin tener que hacer ningún trabajo en cambio, y esto hasta la última semana de 1489, lo que en realidad representa cinco años de desahogo y ociosidad de los siete, durante los cuales pretende haber sido rechazado por todos y sufrido hambre y desnudez.

El futuro descubridor ha cambiado otra vez de nombre. ¿Teme ser tomado por gallego como le sucedió en la Rábida? En la carta del duque de Medinaceli y en las órdenes de pago del Tesoro con que él se beneficia es llamado *Colomo*. Volverá a tomar definitivamente el de *Colón* en su contrato con los Reyes Católicos. Su nombre verdadero de Colombo fué abandonado para siempre. Ni en Sevilla ni en Córdoba se alabó de un origen aristocrático e ilustre; volverá a ello mucho más tarde, por vagas alusiones. La precisión sólo se formula para la historia por

Universidad Internacional de Andalucía

su hijo y por Las Casas. Tratando con grandes señores teme que, de jactarse como lo había hecho en la biblioteca del Padre Antonio, sus supercherías fuesen puestas en claro. Por otra parte, con su inteligencia y su don de gentes, se adapta muy pronto al nuevo ambiente elegante y caballeresco que frecuenta. Se ha refinado; tiene gran prestancia. El humilde hábito monacal de peregrino con que desembarcó en Palos, ha sido reemplazado por un traje de corte perfecto que le ha mandado hacer por su cuenta el duque de Medinaceli. Es un caballero que no disgusta a las damas, y seduce a una muchacha de buena familia, pero sin fortuna, Beatriz Enríquez de Arana. El hubiera querido casarse con ella; pero, ¡ay!—le dice—que tiene mujer legítima, de la que está separado, a la que no quiere volver a ver, pero que vive aún en Lisboa. Beatriz se convierte en su manceba y le da un hijo, Fernando. Colón la abandona casi en seguida. No vuelve a verla jamás, pero le toma al niño.

Los juegos de amor son agradables pasatiempos que no le hacen olvidar ni aun descuidar su misión un solo día. Las mujeres ocupan poco lugar en su vida. No se le conoce sino dos, una muerta y la otra abandonada, poco después de haberle dado un hijo cada una. Su fracaso en

Universidad Internacional de Andalucía

Portugal y sus conversaciones de la Rábida le han convencido de que no basta para triunfar alabarse de saberlo todo y repetir obstinadamente unas afirmaciones sin base. Desde que se dió cuenta de que el Padre Antonio de Marchena es un verdadero, un gran sabio, se mantuvo, al hablar con él, en una prudente reserva y cesó de ostentar su pretendida ciencia, a fin de no descubrir su ignorancia. Pero no olvida que llegará un día en que los cosmógrafos de Castilla, encargados de examinar sus proposiciones, le harán toda suerte de preguntas, a las cuales, por el momento, no podría responder.

Por esto se siente lleno de un deseo ardiente de conocer a fondo todas las ciencias útiles para el arte de navegar y de las que no puede prescindir un descubridor. Quiere aprender, en el menor espacio de tiempo posible lo que sabios como los Padres de la Rábida han estado estudiando desde su adolescencia, durante treinta o más años y que aun siguen estudiando. Después de haber aprendido un poco de latín se lanza a devorar con avidez todos los libros que le caen en las manos, sin acabar de digerir nada completamente. Los autodidactos como él acogen del mismo modo, sin examen ni espíritu crítico, las tesis científicas más exactas, las que merecen una seria discusión y las fábulas

Universidad Internacional de Andalucía

más locas, los cuentos más absurdos. Le hemos visto soñando sobre una página de Juan de Mendevilla que describe el Paraíso Terrenal; esta página se ha incrustado en su memoria y, con ayuda de su imaginación, le hará producir, cuando se halle a la vista del Nuevo Continente, el capítulo de Geografía más fantástico que pueda concebirse.

De sus primeras lecturas no le queda nada, por decirlo así; no le sirven para casi nada más, en suma, que para agravar la confusión que reina en su espíritu y para suministrarle materias de ensueño. El es lo bastante inteligente para darse cuenta de que su bagaje científico, tan endeble, no se refuerza mucho. Y, sin embargo, el tiempo apremia; necesita una doctrina geográfica, ¡de prisa, de prisa! Una doctrina bien coordinada, en que todas las partes se enlacen, no puede sacarse de la lectura rápida de un gran número de libros que se contradicen frecuentemente unos a otros; vale más asimilarse la sustancia de dos o tres autores que, desconocidos de las gentes de sociedad, den autoridad entre sabios. Asimila alguna parte—la peor, naturalmente—del *Libro de las Maravillas*, de Mendevilla, se detiene más en la *Relatio* de Marco Polo, estudia largamente y anota la *Historia rerum* de Pío II, pero su libro de cabecera, que cono-

Universidad Internacional de Andalucía

ció más tarde, después de su segundo viaje, el que cubrirá de notas en los márgenes, es el *Imago mundi* del cardenal Pedro d'Ailly. A estos libros hay que añadir la Biblia—una Biblia suya, entendámonos bien.

La *Imago mundi* es un tesoro para el autodidacto urgido de fácil erudición que le permite deslumbrar a las personas no especializadas en el estudio de la historia sagrada y de la cosmografía, y aun de impresionar a los profesionales en el curso de una conversación. El libro está cuajado de citas de autores clásicos y de Padres de la Iglesia. Colón va extrayendo de allí las citas y las cataloga para aducirlas a su vez o para mencionar a los autores y comentarlos. El se las compone para hacer creer que ha leído a todos los autores de que habla, aunque nunca abrió sus libros. A estos nombres añade los de los viajeros, príncipes y demás personajes históricos de los que ha tenido conocimiento somero por las mismas obras.

Todos estos nombres se encuentran en sus cartas, en sus informes y en las relaciones de su tercero y cuarto viaje. Llegará a insertar en uno de sus escritos toda una página del cardenal d'Ailly.

En una sola cita, con el nombre del Cardenal,

Universidad Internacional de Andalucía

se encuentran los de Nicolás de Lira, Aristóteles, Averroes, Séneca, Alejandro Magno. Nerón, Plinio, Tolomeo, Esdras, San Agustín y San Ambrosio. A estos nombres hay que añadir los siguientes de que llenan sus escritos; Estrabón Onesicrito, Nearca, Marino de Tiro, Alfraganc, Julio Capitolino, Solino, Avicena, Beda, Erastóstenes, Flavio, Josefo, San Isidoro, Santo Tomás y otros muchos tomados todos de las obras de Pío II y de Pedro d'Ailly, sin contar los de la Biblia. Con tantos nombres y citas, sobre todo mencionando aquéllos y dando éstas por cuenta propia, es fácil adquirir, a lo menos en ciertos ambientes, una reputación de sabio, aun cuando el que tal cosa pretende no haya pasado de una escuela elemental, ni posea otro mérito que el imaginado por su orgullo.

Ningún otro navegante y descubridor de los siglos XV y XVI, español o portugués, recurrió a semejantes autoridades, ni se han tomado la tarea de armonizar sus ideas cosmográficas con las de un Aristóteles o de un Eratóstenes. Colón se empeñó en no contradecirles, hasta cuando tiene a la vista las pruebas de sus errores.

A partir de 1500, viviendo él todavía, circularon en Europa mapas que le desmentían. Pero no cedió, únicamente porque de la *Imago mundi* y del *Compendium cosmographiae*, había sa

Universidad Internacional de Andalucía

cado las siguientes enseñanzas de que hizo dogmas:

El mundo es pequeño—le reduce en una mitad—y está compuesto de seis partes de tierra y una séptima solamente cubierta de agua. Entre España y las Indias de Asia hay un mar de poca anchura. Entre España y las Indias hay islas por descubrir, a las que puede llegarse en algunos días de navegación.

Colón niega, por consecuencia, implícitamente, la existencia del Nuevo Mundo y seguirá negándola después de haberlo descubierto. Fué siempre, con una obstinación y una habilidad capaz de vencer todos los obstáculos, el hombre de un solo libro: la *Imago mundi*, y de una idea fija: Antilia.

Pero, aun durante algunos años, no tiene ninguna teoría científica, pues no la hay en las narraciones de viajes de Marco Polo de que se nutre. No tendrá sino la idea de ir a Antilia porque ésta excitaba su imaginación, como excitaba la de muchos marinos y gentes del pueblo ,y porque el piloto Alonso Sánchez le dijo que distaba sólo setecientas cincuenta leguas de las Islas Canarias.

* * *

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
BIBLIOTECA
Universidad Internacional de Andalucía

Traba conocimientos y se procura protectores en Córdoba, que le serán muy útiles. Antes o poco después del retorno de los Reyes Católicos, ha hallado el medio, no sólo de entrar en relación con Alonso de Quintanilla y Fernando de Talavera, sino con el cardenal arzobispo de Toledo González de Mendoza, con el dominico Diego de Deza, con doña Juana Velázquez y doña Beatriz Fernández de Bobadilla, marquesa de Moya, que desde la infancia era amiga íntima de la reina, la cual tenía en ella una confianza muy merecida. También se relacionó con los grandes *marranos* Juan Cabrera y Gabriel Sánchez, personajes, como los anteriores, que le acogieron bien y ante los cuales supo hacerse simpático.

Los Reyes Católicos llegaron a Córdoba el 26 de Marzo. Colón no tuvo que esperar largo tiempo para ser recibido por la reina; la audiencia fué corta, de pura forma; pero era un primer paso y un primer éxito que permitía esperar un feliz resultado. Isabel tenía muchos cuidados importantes y demasiados asuntos urgentes que resolver para poder estudiar por sí misma, inmediatamente, un proyecto de expedición marítima. Las operaciones de guerra contra los moros se llevaban con una actividad creciente, apenas terminaba una campaña se

Universidad Internacional de Andalucía

empezaba otra preparada de antemano. Cinco semanas después de su regreso a Córdoba, el rey iba a partir al asedio de la ciudad andaluza de Ronda, para ocupar ese punto, posición estratégica de importancia considerable. La reina se limitó a encargar a Hernando de Talavera que sometiese las proposiciones a una comisión formada por él mismo y que le dirigiese después un informe.

Entonces empieza, según la leyenda colombiana, el calvario del genio incomprendido, burlado, perseguido por frailes fanáticos, esclavizados a la Biblia, y por cortesanos ignorantes y malvados. Talavera, presidente de esta Comisión que rechazó las proposiciones del futuro descubridor, es particularmente ultrajado por esta leyenda que le pinta con los colores más negros. No obstante, el prior de Nuestra Señora de Prado fué uno de los más grandes y más nobles servidores de su patria y de la Iglesia, uno de los consejeros más escuchados por la reina, que no le hubiera elegido por confesor si hubiese tenido el carácter vil y el espíritu limitado que se le atribuyen. Cuando Cristóbal Colón comparece delante de una junta de cosmógrafos y de marinos y les expone en términos vagos su proyecto de descubrir islas, no hay otro prisionero de falsas concepciones bíbli-

Universidad Internacional de Andalucía

cas, ni otro ignorante que él. Por lo demás, el proyecto no fué, en esa ocasión examinado a fondo. Talavera, que no tenía ninguna animosidad personal, sino al contrario benevolencia hacia el extranjero que le fuera recomendado por un religioso erudito y respetable, y con Talavera los otros miembros de la Comisión opinaron que no había que pensar en ninguna empresa de descubrimientos en tanto que la guerra contra los moros no quedase terminada.

Tan distante está esto de ser una negativa y una dimisoria definitivas, que Colón se queda en la Corte y que le volvemos a encontrar con ella en Salamanca, durante el invierno de 1486 a 1487. Aquí es donde la historia sitúa la famosa conferencia en que Colón presentó sus proyectos y sostuvo una dura discusión con frailes que eran profesores de matemáticas, de astronomía y de cosmografía en la Universidad de aquella ciudad. Colón quiere probarles, en primer lugar, que la tierra es redonda. Y esto basta para provocar un escándalo. Hay que leer la relación de estos debates en la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, de Roselly de Lorgues:

«...Algunos miembros de la junta opusieron a sus deducciones pasajes de las Sagradas Escrituras, que aplicaban muy mal y con fragmentos truncados de algunos autores eclesiásticos,

Universidad Internacional de Andalucía

contrarios a su sistema. Hubo *catedráticos* que probaron por *mayor* y *menor* que la tierra es plana como una alfombra y que no puede ser redonda, ya que el salmo dice: «Extendiendo el cielo como una piel» *(extendens coelum sicut pellem)*, cosa que sería imposible si fuese redonda. Le oponían las palabras de San Pablo, cuando comparaba los cielos a una tienda desplegada encima de la tierra, lo que excluye la redondez de este mundo. Otros, menos rígidos o menos desconocedores de la cosmografía, sostenían que, admitiendo la redondez de la tierra, el proyecto de ir a buscar regiones habitadas en el hemisferio austral era quimérico, ya que la otra mitad del mundo estaba ocupada por el *mar tenebroso*, abismo formidable y sin límite; y si, por acaso, un navío lanzado en esta dirección llegaba a tocar en las Indias, jamás se podía tener noticias de él, porque esta pretendida redondez de la tierra opondría un obstáculo insuperable a su regreso, por favorables que fuesen los vientos.

»Cuando él replicaba con razones sacadas de la experiencia o de la náutica, le respondían con la autoridad de Lactancio y de San Agustín, que condenan la opinión absurda de aquellos que creen en las antípodas; y se reforzaba a los autores eclesiásticos con el testimonio de los pa-

Universidad Internacional de Andalucía

ganos: se objetaba con Epicuro y con el grave Séneca.

»...Colón, advirtiendo claramente que en esta junta, en que el número de los teólogos era mucho mayor que el de los marinos y de los cosmógrafos, las inducciones puramente científicas no bastarían a sus jueces, se decidió, a pesar del peligro de hacerse sospechoso de herejía, a discutir, ya los mismo textos de las escritura y la opinión de los comentadores.

»El ardor de su apostolado pareció transfigurarle entonces a los ojos de su auditorio. La majestad de su persona, el fulgor de su mirada, la iluminación de su frente, la penetrante sonoridad de su voz daban a la autoridad de esta palabra convenida una persuasión irresistible para toda alma elevada. La poesía y la majestad de los libros santos electrizaban su corazón; la energía de su lenguaje se ennoblecía por la grandeza del asunto y volvía contra sus adversarios, desarrollándolos con magnificencia, los mismos textos sagrados con que habían creído mostrarle su condenación

»...Los espíritus meticulosos, los escolásticos testarudos encontraban sigularmente presuntuoso en un marino el que discutiese, sonriéndose, frente a la opinión de San Agustín y de Nicolás de Lira. Y hasta se extendía un vago

Universidad Internacional de Andalucía

rumor que se hacía peligroso en este país en que la Inquisición, establecida hacía poco, desplegaba la actividad de sus nuevos resortes...»

En tanto que este debate sobre la esfericidad de la tierra se desarrolla en una sala de la ilustre Universidad de Salamanca, y mientras los frailes fanáticos piensan en denunciar la herejía al tribunal del Santo Oficio, el pueblo, fuera, se burla del extranjero.

«Los arrieros y las amas de cría sabían, por lo menos, que un extranjero quería probar que la tierra era redonda como una naranja, y que había países en que los hombres andaban cabeza abajo, y, además, que, navegando siempre en dirección poniente, se volvería por oriente. El público se extrañaba acaso de que se tratase tan seriamente semejante broma.»

En esta escena, que es una de las más célebres de la historia del mundo, Cristóbal Colón aparece como uno de los primeros genios del Renacimiento, cerrando las puertas de la Edad Media escolástica. Los historiadores anticlericales han sacado de ella todo el partido posible. Los católicos, como Roselly de Lorgues, la han fomentado, y sólo se distinguen de su adversación en que buscan circunstancias atenuantes para los frailes. En el fondo, están todos de acuerdo.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero la Conferencia de Salamanca no se celebró. Ningún historiador ni cronista contemporáneo hace la menor mención de ella, ni aun a aquellos que han recogido y popularizado tantos otros episodios de la leyenda colombina. El mismo Cristóbal Colón, que ha inventado tantos, no ha pensado en éste. Aparece por primera vez, en 1619, en una *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa*, y fué en seguida incorporado a la historia del descubridor.

Suponiendo que la conferencia se hubiera efectuado, los papeles se habrían trocado. En primer lugar, no se hubiese perdido el tiempo discutiendo la redondez de la tierra, pues la cuestión no se hubiera plantado siquiera, o, por lo menos, ni una sola voz se hubiera levantado para sostener la negativa, ni aun la de uno de los teólogos de esta Universidad que ha sido uno de los focos de la ciencia, y por ello, uno de los más justamente celebrados. *Mundi formam omnes fere consentium rotundam esse.* Si en materia de ciencia náutica y cosmográfica alguien hubiese invocado la autoridad de Lactancio, de San Agustín y de Nicolás de Lira, había sido Colón—y esto es lo que se empeñará en hacer, más tarde—y no los marinos y cosmógrafos, ni aun los teólogos de Salamanca. Y si, cosa inverosímil, alguien hubiese hablado

Universidad Internacional de Andalucía

del «abismo formidable y sin límites» del Mar tenebroso, de los monstruos horripilantes que la poblaban «al lado de los cuales los cíclopes, los leshigones, los grifos, los hipocentauros, eran de benigna faz», si alguien hubiese hablado de «una mano ganchuda y negra—¡la de Satanás!—elevándose de lo profundo a la superficie, dispuesta a arrastrar a los abismos a los navegantes bastante temerarios para desafiar las aguas del *Bahr-al-Talmet*», el estrafalario hubiera sido castigado con la carcajada de toda la asamblea. En 1487 hace ya mucho tiempo que el Bahr-al-Talmet de los árabes, el Mar tenebroso, es decir, el Océano Atlántico, no es un espantajo para nadie: los navíos portugueses y españoles lo surcan, y el cabo de Buena Esperanza ha sido descubierto. Los portugueses entran en el Océano Indico, el de las cinco mil islas, sin preocuparse de las teorías de Eratóstenes, de Onesicrito y de Alfragano y sin inquietarse de si volverán la espalda al Paraíso de Mandevilla y a las islas en que Salomón encontró el oro para construir el templo de Jerusalén.

* * *

Universidad Internacional de Andalucía

En febrero de 1487, Cristóbal Colón está de nuevo en Córdoba con la Corte. Todo depende sólo de la guerra de reconquista. El ejército se apoderó de Vélez-Málaga el 27 de abril, y de Málaga el 18 de agosto. Este año y los siguientes, el solicitante extranjero tiene menos que nunca probabilidades de llegar a su fin. Los Reyes Católicos piensan únicamente en aislar a Granada, sitiar y tomar la orgullosa capital musulmana y destruir la última fuerza mora que queda aún sobre la tierra cristiana de España. Colón está muy olvidado. Las órdenes al Tesoro de pagos a su favor se espasían cada días más

La historia pierde sus huellas durante dos años Lo encuentra de nuevo en junio de 1489, en la corte, ante Baza sitiada. La plaza capituló el 22 de diciembre, y los reyes se trasladaron a Sevilla, en donde se celebraron con festejos públicos la nueva victoria. Y los esponsales de su hija Isabel con el infante de Portugal, don Alfonso. En este medio, en el que todo era alegría y esperanza, y con el hospitalario palacio del duque de Medinaceli de nuevo abierto para él Cristóbal Colón reanudó sus andanzas, asediando a los grandes personajes que se habían interesado en sus proyectos, y principalmente a Hernando de Talavera, al cual pidió que reuniese

Universidad Internacional de Andalucía

otra vez la Junta que el prior de Nuestra Señora de Prado presidía. Después de algunas sesiones, los comisarios reales se pronunciaron por una negativa que, a pesar de las frases corteses que la envolvían y de las vagas esperanzas que dejaba entrever para una época mejor, pareció a Colón una dimisoria definitiva. Entonces tomó la resolución de ir a ofrecer sus planes al rey de Francia. Ya no podía contar con subvenciones del Tesoro castellano; pero el duque de Medinaceli, siempre generoso, le proporcionaría los medios para hacer este largo viaje.

Todavía le quedaba por hacer un intento supremo ante el más poderoso de los súbditos del rey de Aragón, Luis de Santángel, con el cual no había tenido ocasión de encontrarse, y que había venido a Sevilla para asistir a las fiestas de los esponsales de la princesa. Por medio de Juan de Coloma, correligionario y compatriota del escribano de raciones de Aragón, le fué fácil obtener una audiencia del hombre temible, que siendo más poderoso que el Tribunal de la Inquisición, podía ser más fuerte que una Junta presidida por un prior de monasterio, por más que tuviese el cargo de confesor de la reina.

El gran *marrano* clavó una mirada, cortante

Universidad Internacional de Andalucía

y fría como el acero en los ojos del solicitante, y le dijo bruscamente:

—¿Sois, por acaso, judío y aragonés?

—¿Yo?—exclamó Colón—. Soy buen cristiano...

—Yo también—costestó Santángel secamente.

—Tengo sangre cristiana vieja, limpia de toda mezcla, y soy ligur de nación—prosiguió Colón, al cual semejante manera de ser recibido hacía perder toda su presencia de ánimo.

El *marrano* pronunció estas dos palabras:

—¡Tanto peor!

Y guardó silencio. Colón, cada vez más desconcertado, iba a levantarse para salir, cuando Santángel, ablandándose, le dijo:

—Escuchad: el secretario del rey me ha hablado de vos largamente. Se interesa en vuestros proyectos, aunque no habéis tenido confianza en él, y que ni aun le habéis dicho dónde se encuentran exactamente vuestras islas...

—¡En Portugal quisieron robarme la idea!

—Mi amigo Coloma y yo no somos portugueses. Yo también me intereso por vos. Tenéis cualidades que me gustan y que no son tal vez las que os han valido la simpatía de algunos señores castellanos y la admiración de dos o tres damas de la Corte, la marquesa de Moya, entre otras, la cual, por cierto, ha hecho vuestro caluroso elogio a Su Alteza la Reina...

Universidad Internacional de Andalucía

—¡Pero sin resultado!

—Hasta ahora por lo menos. Habéis fracasado por dos razones. Primeramente, porque ante la Junta real, lo mismo que en una conversación privada con el secretario del rey, os habéis obstinado en hacer misterio del término del viaje para el que solicitáis barcos, hombres y dinero, sin contar los títulos y honores de que hablaremos en seguida. Sin embargo, no es difícil adivinar adónde queréis ir. El Padre Hernando de Talavera conoce bastante bien la historia de nuestro tiempo y la geografía para sospecharlo. En cuanto a mí, no sospecho: estoy cierto.

Colón hizo un gesto de sorpresa y de inquietud; pero no se atrevió a despegar los labios.

—Procedamos por eliminación—prosiguió Santángel—. No es al Este, es decir, al Mediterráneo y en el mar Negro, donde pensáis hacer descubrimientos; todo estaba en ellos descubierto mucho tiempo antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Tampoco es al Norte. ¿Habéis viajado por el mar del Norte?

—He estado en Inglaterra, en Tule, y algo más lejos aún al norte de esta isla...

—Más allá de Tule sólo hay mares helados, y no tierras de las que se pueda hacer oro, especias y perfumes. Tampoco al Sur, siguiendo

Universidad Internacional de Andalucía

la costa de Guinea, para encontrar un paso que os conduzca al reino índico del Preste Juan, pues los portugueses os cerrarían el paso.

—El mar Océano es vasto...

—Nuestro Santo Padre el Papa es su soberano señor. ¿Ignoráis que, hace menos de cuarenta años, el Papa Nicolás V ha sancionado por una bula, no solamente los descubrimientos y las conquistas hechas por los portugueses, bajo la dirección del infante D. Enrique, sino también las que realizasen ulteriormente, las que han hecho después y continúan haciendo en Africa? ¿Ignoráis que ha hecho donación a Portugal de toda la región que se extiende desde los cabos Nun y Bojador hasta Guinea, hasta las playas del Sur, incluídas las islas vecinas que no estén aún descubiertas, y que, de consiguente, sólo los portugueses tienen el derecho de abrir la ruta marítima que les pondrá en comunicación con el pueblo de la India, que es fama adora a Cristo, el pueblo del Preste Juan, y que sólo ellos pueden tratar con este soberano para persuadirle de que debe acudir en ayuda de los cristianos contra los sarracenos y otros enemigos? Castilla no ha hecho ninguna oposición a esta donación. Mucho más: por el Tratado de 1479, ha reconocido la soberanía de Portugal sobre todas estas tierras firmes e islas descubiertas

Universidad Internacional de Andalucía

por cuenta de la serenísima reina de León y Castilla. La ruta del sur os está cerrada. Tampoco hay nada que hacer—lo repito—por el Norte ni por el Este. No os queda, pues, más que el Occidente. ¿Y qué es lo que hay en esta dirección, más allá de las Canarias?

Como Colón no respondiese inmediatamente a la pregunta, el gran *marrano* le miró fijamente y esperó. El genovés, subyugado, acabó por decir con una voz insegura:

—Hay islas.

—Justamente. A todos los cortesanos y eclesiásticos bajo cuya protección os habéis puesto, les habéis dicho que queríais descubrir islas, y ni uno sólo, tal vez, os ha preguntado si se trata del Brasil y de San Brandán, de las que no se sabe en dónde se encuentran, o de Antilia, que está poco más o menos en la misma latitud que una de las Canarias...

Colón, que no gustaba de que le hablasen de la isla de las Siete Ciudades, interrumpió vivamente a Santángel:

—Más al oeste aún; pero no lejos, hay la tierrra firme de Asia.

—Que no está por descubrir. Allí tenemos Catay, Cepango, el reino del gran Can y otras Indias que no son las del Preste Juan. Con estos países se podrían establecer relaciones comer-

Universidad Internacional de Andalucía

ciales provechosas para ellos y para nosotros. Pero apoderarse de ellos, someterlos al poder de la Corona de Castilla, para convertirlos a nuestra santa fe y explotarlos, no hay que soñarlo: son reinos muy poblados, más poblados y más ricos que los de Europa, bien organizados, poderosos y demasiado lejanos para que se puedan enviar allí grandes ejércitos. Sabemos todo esto por los religiosos y por los seglares italianos que han estado allí y han escrito relaciones de sus viajes. Quedan, pues, vuestras islas. Supongamos que las descubriéseis y que no hallábais en ellas más que poblaciones salvajes desparramadas que os dejaban hacer lo que quisiérais: ¿Qué sacaríais de esto para vos, para la Corona, para todos nosotros?

—Especias, aromas, piedras preciosas...

—¿Y oro, claro está?

A esta palabra los ojos de Colón brillan; se anima y exclama:

—El oro es lo mejor que hay. Con el oro se amontonan tesoros, y el que los posee hace con ellos en el mundo lo que se le antoja. Hasta envía a las almas al Paraíso. Yo quiero encontrar mucho oro, lo bastante para que todos los súbditos de Su Alteza sean ricos y puedan reconquistar el reino de Jerusalén.

—¡Bien! Entonces vos exhumáis la idea de

Universidad Internacional de Andalucía

D. Enrique. ¡Las Cruzadas! Pero esto se ha terminado, amigo, desde hace más de dos siglos; es un fracaso en el que no hay que volver a pensar, y, además, esto no interesa ya a nadie, ni a los mismos portugueses. Vos habéis asistido, con la Corte, al sitio de Baza. ¿Tuvísteis noticia de una Embajada del soldán de Egipto que el Rey Fernando recibió allí y que el Papa le había recomendado?

—Sí; eran dos religiosos franciscanos de Jerusalén, pertenecientes al convento que tiene la guarda del Santo Sepulcro. Uno de esos religiosos es el prior. Vinieron para advertir a Sus Altezas de que, si no cesan en la guerra contra los moros de España, el soldán tomaría represalias contra los cristianos de Egipto y haría arrasar los Santos Lugares...

—El rey ha colmado de atenciones a estos dos religiosos; la reina, a la cual fueron a ver en seguida a Jaén, les ha concedido una renta de mil ducados oro para su convento—me sorprendería mucho que se la pasase más de dos años—y les ha regalado un velo bordado por ella misma. Después, para mostrar a los enviados del soldán el caso que hacían de las amenazas de éste contra los cristianos de Oriente y el Santo Sepulcro, imprimieron una actividad aún mayor a la guerra contra los infieles. Esto no im-

Universidad Internacional de Andalucía

pide que Sus Altezas sean tan buenos católicos como vos y como yo. Pero, volvamos a los productos de vuestras islas. ¡Oro, mucho oro! Supongamos que trajérais el suficiente para cubrir los techos de las casas, como en Catay. ¿Y después? ¿Seríamos por esto más ricos?

Colón abrió desmesuradamente los ojos, como quien no comprende y se pregunta si será objeto de una burla. El *marrano* continuó:

—¡Es necesario que sea yo, un neófito en definitiva, quien ponga a un viejo cristiano de sangre pura, como vos, en guardia contra la superstición y la locura del oro! Todos estáis obsesionados con los techos de las casas del Catay. Querríais que el oro fuese tan abundante entre nosotros como el hierro. Si esto ocurriera, el oro no valdría más que el hierro. Es bien sencillo; es claro como el día.

Colón contemplaba asustado a aquel hombre que manejando el oro con pala, fingía despreciarlo y hasta negaba su valor.

—De las especias, no digo lo mismo—continuó Santángel—; esto se come. Hay una mercadería más preciosa aun, de la que España tendría la mayor necesidad. Los portugueses la han traido de Guinea, pero en cantidades demasiado pequeñas. Ni aun tienen lo suficiente

Universidad Internacional de Andalucía

para ellos siendo, así que podrían exportarla a toda Europa. Si yo estuviese seguro de que habíais de hallarla en suficiente cantidad en vuestras islas, sería capaz, en el supuesto de que quisiérais organizar este comercio en grande, de pagar yo mismo todos los gastos de vuestra expedición.

Colón se sobresaltó al oír esta proposición condicional, pero que, con la fe en su propio destino, entreveía ya como realizable y que nada, en los comienzos de la conversación, hacía esperar. Preguntó, pues:

—¿A qué comercio hacéis alusión?

—Al de esclavos.

—No había pensado en él.

—Me gusta el tono tranquilo y moderado con que me decís esto. Todo lo que mi amigo Coloma me ha contado de vos me ha inspirado confianza. Creo que nos entenderemos. Volveremos a hablar de este gran negocio. Pero es necesario ante, todo, que renunciés a vuestras pretensiones que son inaceptables. ¡Gran almirante del mar Océano, virrey y qué sé yo cuántas cosas más! ¿Qué pueden importaros estos títulos? ¿Acaso soy almirante yo? Si quisiera, lo sería mañana. Prefiero ser tesorero de la Santa Hermandad y escribano de raciones del reino de Aragón.

Universidad Internacional de Andalucía

—No puedo renunciar a ninguna de las condiciones que he puesto.

—Entonces vuestro fracaso es definitivo.

—Iré a ver a los reyes de Francia y de Inglaterra.

—Que no os darán una acogida más favorable.

—Eso está por ver. En todo caso, no tendré que reprocharme el haber descuidado una posibilidad venturosa.

—Reflexionad todavía. Y mirad, antes de partir para Francia; id a hacer una visita a vuestros amigos, los franciscanos de la Rábida. Estoy seguro de que os darán buenos consejos. ¡Pero, por la Santísima Trinidad, no vayáis a hablarles de nuestro proyecto de comercio de esclavos! Está reñido con los principios que han heredado del santo fundador de su orden. Después, volved a verme; arreglaremos este asunto con Juan de Coloma.

* * *

Colón que se ha jactado tres veces, en sus cartas, de haber rechazado los ofrecimientos del rey de Francia, por amor a Castilla, vaci-

Universidad Internacional de Andalucía

laba antes de atravesar España de Sur a Norte, y de comenzar, nuevamente, después de haber perdido más de cinco años en Portugal y en Castilla, una vida de peticionario vagabundo en en país extranjero donde no conocía a nadie. En todo caso, no podía partir sin despedirse del Padre Antonio de Marchena. Además, quería sacar de la Rábida a su hijo Diego y confiarlo a su amante, que lo criaría, en Córdoba, con el pequeño Fernando. Además, esta vez hallaría en el convento al prior Juan Pérez. ¡Y quién sabe! Colón, al aproximarse al promontorio, concebía de nuevo grandes esperanzas.

El Padre Antonio había puesto a su prior al corriente de la aventura de Alonso Sánchez, de su muerte, en casa del navegante genovés y de la decisión que había tomado éste de realizar su proyecto por cuenta de la Corona de Castilla. Los dos frailes que creían firmemente en la existencia de la Antilia, y hasta en la de un archipiélago—el que, más adelante, había de llamarse de las Antillas—no querían de ningún modo que la isla descubierta en 1414 por un español, que había hecho sus aguas un *mar de España*, viniera a ser una tierra portuguesa. ¿Y qué quedará para los españoles si los portugueses extendían sus descubrimientos hasta los parajes más lejanos de Poniente? Así que desea-

Universidad Internacional de Andalucía

ban vivamente que Colón triunfase en su empresa y estaban dispuestos a ayudarle con todas sus fuerzas. Pero, por benévola que fuese la reina para su ex confesor, ¿cómo podría éste, por una gestión verbal o por carta, volver a abrir un asunto que acababa de cerrar, con una negativa, una junta oficial? Surgía un hecho nuevo que le permitía intentarlo.

Había en Palos una familia de navegantes ricos, expertos en su arte, respetados por toda la población, sobre la que ejercían una gran influencia: la familia de los tres hermanos Pinzón, Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martínez. El más rico y más poderoso de los tres era Martín Alonso, al cual unos marinos, deponiendo en un proceso mucho tiempo después de su muerte, calificaron como uno de los más entendidos de la época en las cosas del mar, como un valiente piloto y capitán, como más resuelto para cualquier acción de guerra. Pues Martín Alonso había regresado de su segundo viaje a Roma, en donde tuvo largas conferencias con un cosmógrafo del Vaticano acerca de las tierras no descubiertas al oeste del mar Océano, obteniendo copias de cartas marinas en que figuraban estas islas. Y ahora también él soñaba con los países de las especias, del oro y de las piedras preciosas. Habla-

Universidad Internacional de Andalucía

ba de equipar dos carabelas para ir en su busca. Los marinos de Palos y de Moguer estaban entusiasmados. No había uno solo que se negase a seguirle. Aquellas islas eran precisamente las que Colón quería descubrir. Mas para Pinzón eran un objeto secundario de su proyectado viaje; las descubriría por añadidura. De Cipango—el Japón—era de lo que más había oído hablar en Roma por lectores de Marco Polo; a esta tierra fabulosa era adonde quería ir sobre todo. Por el contrario, Cipango no interesaba en lo más mínimo a Colón, que sólo pensaba en su Antilia. Pero los proyectos de los dos navegantes no se oponían. Al contrario, uno completaba el otro.

Hubo entonces, en la Rábida, conferencias a las que asistieron lo Padres Juan Pérez y Antonio de Marchena, García Fernández, médico de Palos, muy entendido en el arte de marear, Cristóbal Colón y Martín Alonso Pinzón.

Sabemos lo que sucedió entre ambos descubridores por la declaración que hizo en 1515 Arias Pérez Pinzón, hijo de Martín Alonso, en la secuela de uno de los pleitos a que dió origen la sucesión del Almirante. El juez pregunta a los testigos si saben que Pinzón tuviese indicaciones ciertas y documentos relativos a aquellas tierras. que había encontrado en Ro-

Universidad Internacional de Andalucía

ma en la biblioteca del Papa Inocencio VIII. Arias Pérez responde que lo sabe porque él es hijo de Martín Alonso Pinzón; que él se encontraba en Roma con mercancías de su padre, quien fué a Roma el año antes de partir para el descubrimiento, y que hallándose un día en la biblioteca, a la que iba para ver a uno de los servidores del Papa, a quien él conocía, que era un gran cosmógrafo y tenía a su disposición numerosos manuscritos, éste, hablando con él, y con el testigo, le informó de las tierras que estaban por descubrir, y como su padre era hombre muy industrioso y hábil en las cosas de la mar, había dicho muchas veces al testigo que se estaba preparando y quería armar dos navíos e ir a descubrir aquellas tierras.

A otra pregunta, Arias Pérez responde que lo sabe porque en la época en que el testigo se encontraba en la biblioteca del Papa Inocencio VIII, el cosmógrafo les dió un documento cuyo texto se conforma con lo referente a esta cuestión. El padre del testigo lo tomó, se lo llevó, y a la vuelta de Roma a Castilla se decidió a ir a descubrir dicha tierra y habló de ello frecuentemente con el testigo. Entre tanto el almirante, Cristóbal Colón, llegó a la villa de Palos con su proyecto de descubrir dichas tierras. Habiéndolo sabido el padre del testigo, se puso

Universidad Internacional de Andalucía

al habla con él y le dijo que su proyecto era bueno, que él lo sabía muy bien, y que, si hubiese tardado más en venir, le hubiese encontrado ya en camino para ir a hacer este descubrimiento con dos carabelas. El almirante, al oír esto, intimó de tal modo con el padre del testigo que se puso de acuerdo con él y le persuadió de que le acompañase. El testigo lo sabe porque lo ha visto. Sabe, también, que dicho acuerdo comportaba la partición por mitad de todos los privilegios que concediese Su Alteza en esa ocasión. El dicho Martín Alonso le mostró al Almirante el mencionado documento, que le dió mucho ánimo. Se pusieron de acuerdo, y Martín Alonso le dió dinero a dicho almirante y le hizo partir a la Corte con un religioso que se llamaba Juan Pérez, y ambos fueron allá. El testigo lo sabe porque se halló presente en todo.

Lo anterior está confirmado en sus partes esenciales por otros testigos. Así declara el marinero Alonso Gallego, de Huelva, que dió detalles al tribunal acerca de la preparación del viaje, haber oído a Colón decirle a Pinzón:

«Señor Martín Alonso, vamos a este viaje, que si salimos con él, y Dios nos descubre la tierra, yo os prometo por la Corona real, partir con vos, como buen hermano mío, la honra e provecho que dello se haya.»

Universidad Internacional de Andalucía

Antes, pues, que exponerse a perder algunos años más en esfuerzos inútiles con las cortes de Francia e Inglaterra, Cristóbal Colón prefiere asociarse a Pinzón y prometerle la mitad de los beneficios. Esta asociación permite al Padre Juan Pérez tomar nuevamente en sus manos el asunto; Colón le inspira simpatía, pero la confianza que tiene en el talento de navegante de este extranjero, que se rodea de tantos misterios, está asaltada por algunas dudas. En cambio, con Pinzón y toda su familia, a los que conoce desde hace mucho tiempo, tiene certidumbre completa: los tres hermanos son capaces de igualar a los mejores navegantes portugueses.

El prior de la Rábida ha salido para la Corte. Esperándole, Colón, que continúa siendo huésped del monasterio, baja todos los días al puerto. Tiene conversaciones con Martín Alonso y los marinos de Palos y de Moguer. Continúa la investigación comenzada hace más de diez años en Portugal; todas las noticias que solicita, todas las preguntas que hace, van en torno de Antilia. Está ansioso de nuevas confirmaciones de su existencia, y quiere saber si otros han ido a ella o se han acercado.

Pedro de Velasco, que retornó al puerto natal, le cuenta sus viajes por el Poniente abordo del

Universidad Internacional de Andalucía

navío de Teive y los descubrimientos de éste.

Según uno de los testigos, en uno de los pleitos de la sucesión, hablaba sobre todo con el piloto Pero Vázquez de la Frontera, que era un hombre muy docto en el arte de la mar y había salido una vez para hacer dicho descubrimiento —es decir, el descubrimiento de las Antillas— a bordo de un navío del rey de Portugal. La expedición había retrocedido en una región del mar Océano cubierta de algas, en la que no se había atrevido a meterse el maestre. Pero Vázquez de la Frontera lamentaba que no hubiera seguido adelante.

—Había que seguir—dijo a Colón—sin desviación, a través de las hierbas, sin temor, pues era imposible que no se encontrase tierra; necesariamente se hubiese descubierto alguna.

Colón, con Pero Vázquez a bordo, no tendrá miedo, y franqueará el mar de los Sargazos.

Por fin recibe un mensaje del prior. ¡Vuelve a ser llamado a la Corte! El Padre Juan Pérez, hablando no solamente en nombre del genovés, sino también en el de Martín Alonso Pinzón, y aun de los marinos de los puertos de Palos, de Moguer y de Huelva, invocando todos los testimonios y viajes anteriores por los que está comprobada la existencia de islas más allá de las Azores, y añadiendo que ésta es la única re-

Universidad Internacional de Andalucía

gión del mar Océano en que los tratados permiten a la Corona de Castilla conquistar gloria y provecho, iguales a los de los portugueses; acabó por convencer a la reina.

Corría el mes de octubre de 1491. La Corte, con su campamento militar, ponía sitio a Granada. Isabel y Fernando, al frente del ejército, hacían el supremo esfuerzo, gracias al cual iban a merecer plenamente el título de Reyes Católicos que trasmitieron a sus sucesores.

La reina accedió a que fuesen examinados los proyectos de Colón por una nueva junta, ante la cual compareció el futuro Almirante. Produjo mala impresión: hablaba en términos demasiado vagos de los descubrimientos que se proponía hacer y no precisa los que pretendía haber hecho ya; no cedía un ápice en sus pretensiones exorbitantes. El resultado fué que se desecharan sus proposiciones. Por segunda vez se despide al hombre que se aferra con exigencias tan desmedidas.

Deja la Corte y toma el camino de Córdoba. Apenas habían pasado dos horas, cuando un emisario le alcanza al galope de su caballo y le lleva de nuevo al campamento: sus condiciones habían sido aceptadas. ¿Qué ha pasado en un espacio de tiempo tan breve? Luis de Santángel, que, sin duda de ningún género, se interesa en

Universidad Internacional de Andalucía

el asunto tanto como los franciscanos de la Rábida—aunque por otros motivos—había ido a ver a la reina, había expuesto ante ella los mismos argumentos que el Padre Juan Pérez y había añadido otros, aunque guardando siempre un prudente silencio sobre lo que más les llegaba al alma.

—Todo eso es muy hermoso y muy bueno —había respondido la reina—, y ese extranjero es un hombre muy persuasivo, pues que en tan poco tiempo encuentra abogados para defender su causa tales como el Padre Juan Pérez, el duque de Medinaceli, la marquesa de Moya, el venerable Cardenal de Toledo y vos mismo. Pero, en fin, sus exigencias pasan todos los límites.

—Son condicionales nada más, Señora. Si fracasa, Vuestra Alteza no le deberá nada. Por otra parte, un contrato, aun cuando se ajuste a todos los requisitos, puede siempre dar lugar a reclamacionnes que modifiquen sus términos...

—¡No, no! Yo quiero que todo se exprese claramente, sin que sea posible ninguna duda, y que todas las cláusulas se cumplan lealmente... ¡En fin, muchas personas que yo estimo por su inteligencia y su adhesión a la Corona son favorables a Colón! Los escrúpulos y la negativa de los miembros de la junta se refieren princi-

Universidad Internacional de Andalucía

palmente a sus pretensiones; yo puedo, sin ofenderles, no tomar en cuenta su opinión. Decidle a vuestro protegido que aceptamos todo. Encargaremos a Juan de Coloma que haga el contrato y vos os entenderéis con él para los detalles.

* * *

Poco después, el 2 de enero de 1492, Granada capitulada. España entera se veía libre del yugo musulmán. Cristóbal Colón celebra este gran acontecimiento, con su estilo pomposo, en el prólogo del diario de abordo, prólogo amañado *a posteriori*, muchos años después. ¿Sabemos acaso que él lo haya escrito?

«Porque, cristianísimos y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos príncipes, rey y reina de las Españas, y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de 1492, después de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año, a dos días del mes de enero, por fuerzas de armas vide poner las banderas Reales de Vuestras Altezas en las torres de Alfambra, que es la fortaleza de la di-

Universidad Internacional de Andalucía

cha ciudad, y vide salir al Rey Moro a las puertas de la ciudad y besar las Reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor...»

El 17 de abril, Colón lograba satisfacción completa. Las «capitulaciones» estipuladas entre los Reyes Católicos y él eran firmadas en Santa Fe, junto a Granada.

Por este acto, y para recompensar a D. Cristóbal Colón de los descubrimientos que ya ha hecho y del viaje que va a emprender, Sus Altezas le nombran, desde ahora mismo, su almirante en todas las islas y tierras firmes que, por su obra e industria, sean descubiertas o adquiridas en los mares oceánicos, por su vida, y, después de su muerte, sus herederos y sucesores, uno después de otro, perfectamente. Le nombran virrey y gobernador general de todas islas y tierras firmes que decubra y adquiera; para el gobierno de las mismas, designará tres personas, y Sus Altezas nombrarán una. Le dan la décima parte de los beneficios del comercio con los países de que será virrey y gobernador; los pleitos que el tráfico pueda hacer nacer entre comerciantes serán sometidos a la jurisdicción del almirante solo o de su lugarteniente nombrado por él. En fin, podía participar en un octavo a los gastos de toda expedición comercial, pagando la octava parte de lo que se gaste en arma-

Universidad Internacional de Andalucía

mento, y recibirá, en consecuencia, la octava parte de los beneficios obtenidos por esta flota.

Según este documnento, el objeto del viaje de Colón es descubrir islas y tierras firmes y establecer con ellas relaciones comerciales. No hay otra cosa.

No se trata para nada de la «busca del Levante por el Poniente», ni de las Indias. Después del viaje es cuando se inventan estos fines. Notemos que la expresión: «islas y tierras firmes» es una cláusula de estilo: Colón no pudo prometer el descubrimiento de un continente en el que nadie creía, y él menos que otros, ya que no cesará de afirmar contra toda evidencia, que ha llegado a las Indias.

Por una carta con fecha del mismo día, 30 de abril de 1492, el rey y la reina ordenan a la villa de Palos que ponga a la disposición de Cristóbal Colón dos carabelas armadas, en virtud de una condena en que los habitantes de la villa habían incurrido:

«...Bien sabéis como por ciertos estos hechos y cometidos por vosotros en nuestro deservicio, habéis sido condenados por nuestro Consejo a la obligación de servirnos por doce meses con dos carabelas armadas a vuestra propia costa, todas las veces y en cualquier lugar que por Nos os sea mandado, bajo ciertas penas, según

Universidad Internacional de Andalucía

todo esto está contenido más largamente en la dicha sentencia que ha sido dictada contra vosotros...»

El número de las carabelas fué en seguida elevado a tres.

* * *

Cuando Juan de Coloma enteró del texto de las capitulaciones a Luis de Santángel, éste, exclamó:

—¡Cómo! ¡No has podido hacerle abandonar una sola de sus exigencias! ¡Y has dado un título y un grado, tenga éxito o no! ¡Desde ahora mismo, aun antes de partir para sus descubrimientos, ya es *don* Cristóbal y *almirante!*

—Era menester darle esta satisfacción. Y fué tal su alegría, que no advertió el lazo en que había caído. He introducido una reserva, una restricción, en una cláusula, y me sorprende que tú, como él, no te hayas dado cuenta de su alcance. Se concede a nuestro D. Cristóbal lo que pide, siempre que esté conforme con los precedentes y que los otros almirantes de Castilla hayan gozado de los mismos derechos y privilegios. Un Tribunal Supremo, un Consejo Real

Universidad Internacional de Andalucía

podrían, y hasta tal vez deberían, anular una parte de cuanto se ha dado al almirante Colón y que los otros almirantes, sus predecesores, no tuvieron jamás. Estas capitulaciones son una mina de pleitos.

—Esta restricción—dijo Santángel, después de haber releído las capitulaciones por segunda vez—está intercalada muy ingeniosamente en el texto; produce el efecto de haber sido introducida en él por orden expresa de Sus Altezas. Enhorabuena, mi querido Juan. Por lo demás, don Cristóbal no tendrá que lamentarse si sale con bien de su empresa. Aun con reservas y todo, le quedarán bastantes honores y provechos, sin haber expuesto nada...

—Si; la vida de la tripulación y la suya.

—Todos los navegantes corren constantemente este riesgo, sin esperanza de convertirse en almirantes y virreyes. En fin, ha logrado lo que quería. Este hombre es de una habilidad que me admira. Ahora que tiene la protección real, el grado de almirante y dos carabelas, el resto vendrá forzosamente por una o por otra parte. Aun contando con los navíos, se necesita dinero para pagar a la tripulación, los víveres y otras atenciones. El ha calculado que necesitaba dos millones de maravedises. Quería que la reina pagase la mitad. Pero Su Alteza no podía disponer

Universidad Internacional de Andalucía

de esta cantidad, pues el Real Tesoro casi se ha consumido en Granada. Jamás ha sido tan pobre. Su collar de perlas está en poder de un usurero de Valencia, en garantía de un empréstito. Su corona no sé por dónde anda; es la tercera o la cuarta vez que la empeña. Haría mejor vendiéndola. En vista de todo ello, he anticipado la suma.

—¡Qué generosidad, amigo mío! Supongo que has especificado bien que es a Su Alteza a quien tú prestas el dinero y no a Colón, porque si éste fracasa en su empresa...

—¡Oh! Ya he tomado precauciones para reembolsarme casi inmediatamente, con fondos del Tesoro de la Santa Hermandad.

—Entonces, siendo la Santa Hermandad una institución del Estado, la operación se resume así: la reina se ha prestado un millón a sí misma.

—Sí; por mi mediación. Y yo he cobrado 17.000 maravedises de intereses.

—¿Intereses por cuánto tiempo?

—He entregado el millón y hasta un poco más a D. Cristóbal, el primero de mayo, y ayer me reembolsé.

—17.000 maravedises de intereses por cuatro días hacen más del ciento por ciento. ¡Es magnífico! ¿Y el otro millón?

—Colón se ha comprometido a participar con

Universidad Internacional de Andalucía

250.000 maravedises en la empresa cuya dirección toma.

—¡Pero si no tiene un céntimo!

—Ya los encontrará. Su amigo Juanoto Berardi pone 200.000 maravedises a su disposición. El resto lo proporcionan, o lo proporcionarán, según él dice, otros cuatro banqueros genoveses, y, verosímilmente, Martín Alonso Pinzón. En toda esta historia hay un engañado: este Pinzón, que es, al parecer, un navegante de primera fuerza, pero que no entiende nada de negocios. Según lo que me ha dicho el Padre Juan Pérez, es el asociado de Colón, y éste le ha prometido—verbalmente—que partirían, como hermanos, los beneficios de la empresa. Ha hecho mal en dejar a su asociado ir solo a la vega de Granada y tratar sólo con la Corona. De esta manera, su nombre ni figura en las capitulaciones. ¡Qué astuto, qué testarudo, y qué diablo de hombre es este genovés! Pero, ¿realmente será genovés?

—Lo dice, y nosotros no tenemos ningún interés en no crérselo. No obstante, me gustaría saber por qué habla y escribe siempre en lengua castellana a sus compatriotas los banqueros de Sevilla.

Universidad Internacional de Andalucía